

EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MÉDICA.)

PERIODICO DE MEDICINA, CIRUGIA Y FARMACIA.

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

PUBLICACION.

Se publica todos los domingos; formará un tomo cada año.
Los suscritores pueden adquirir con un 10 por 100 de rebaja las obras publicadas en la Biblioteca de medicina y en el Museo científico.

SUSCRICION.

En Madrid 12 reales el trimestre, en la Redaccion, calle del Espejo, 47, pral.—En Provincias 15 reales el trimestre en casa de los comisionados, mediante libranzas.—En el Extranjero y Ultramar 50 reales por un año, y 100 en Filipinas.

RESUMEN.

SECCION DOCTRINAL. MEDICINA ADMINISTRATIVA. Lo que puede esperarse en punto á reformas sanitarias.—Sobre la fiebre puerperal epidémica.—Del amasamiento de los órganos; por el Sr. Martin de Pedro.—SOCIEDADES CIENTÍFICAS. REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Memoria clínica de un sugeto que ocupó el núm. 5 de la sala de San Antonio, en el Hospital general de Madrid, á cargo del Dr. D. Félix García Caballero, médico de número del mismo establecimiento; autopsia y descripcion anatómica de una singular disposicion del diafragma, el omento y el corazon; ectopia intra-pericardiaca.—PRENSA MEDICA. ESTRANJERA. Del estrabismo divergente en relacion con la miopia.—Accion del haschich en el organismo humano.—De la estirpacion de la lengua por la cauterizacion en flechas.—Digitalina: su accion fisiológica; su influencia en la cantidad y composicion de la orina.—Anestesia suplementaria.—LITERATURA MEDICA. Deberes del médico.—PARTE OFICIAL. SANIDAD MILITAR. Reales órdenes.—Secretaría general de la Universidad central.—VARIEDADES. Quejas de los médicos forenses.—CRONICA.—ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.—VACANTES.

SECCION DOCTRINAL.

MEDICINA ADMINISTRATIVA.

Lo que puede esperarse en punto á reformas sanitarias.

Hallámonos de cuando en cuando obligados á orientar á nuestros lectores respecto al giro que toman los asuntos que con las clases médicas tienen relacion; porque de otra suerte pudiera sufrir su opinion estravío, ya sea desesperando sin fundamento de alcanzar merecidos y legítimos beneficios, ya cobrando, al contrario, exageradas y aun locas esperanzas. Verdad es que nuestras advertencias no alcanzan de ordinario á desvanecer las ilusiones con que se recrean y complacen ciertos hombres de buena fé, tan dichosos que aun despiertos sueñan placenteramente; mas en cambio, ya que ni esta ventaja ni otras muy propias del oficio obtengamos ni procuremos, cábenos el regalado y singularísimo placer de decir la verdad, y por añadidura el señalado honor de que al leer nuestras palabras se subleven contra ellas los fabricantes de esos filtros y elixires con que la clase se embriaga, caldea y refocila.

¡Desempeña cada cual su papel en este pícaro mundo, de forma que sigue cada hombre marcha distinta! De todo es justo y razonable que haya, lo que nos mueve á dejar ancho campo á los regeneradores para que luzcan su habilidad cuando bien les parezca, tomándonos si gustan como blanco de sus tiros, en tanto que muy orondos y satisfechos proseguimos el camino que nos hemos propuesto. ¡Gustosos renunciemos al popular papel de Dulcamaras!

Basta que alguna vez, de tarde en tarde, informemos á nuestros lectores, más bien que de lo que pasa de lo que deja de pasar, y les demos cuenta de las gestiones que se practican, de los proyectos que se forman, de las variadas

Tomo XI.

operaciones é ingeniosos artificios á que suele recurrirse para solevantarlos, y de otras tales y tan buenas y aun peregrinas cosas.

Empezaremos hoy por decir una verdad que la inteligencia más obtusa alcanza por si sola, y que si tiene algo de desesperante, encierra otro tanto de consoladora. Las clases médicas deben persuadirse de que si hasta el presente no se han llevado á ejecucion ciertas reformas sanitarias, con más viveza reclamadas por la sociedad en general que por ellas mismas, no depende esto ni de mala disposicion por parte de las personas que han estado al frente del ministerio de la Gobernacion, ni de abandono y falta de diligencia en los directores del ramo, ni de escasa laboriosidad y celo en los cuerpos consultivos del Gobierno, ni de indiferencia y apatía en el periodismo médico. Tan equivocado concepto estravia la opinion de la clase, la inclina á tomar como contrarias personas amigas, y conduce á otros lamentables extremos que dificultan y alejan aquello mismo que se solicita y procura.

Donde en el trascurso de largo medio siglo no ha podido lograrse constituir sólidamente el país; donde ván trascurridos tantos años sin reformar una ley electoral que todos reputan por defectuosa; donde faltan las principales leyes orgánicas y no ha podido redactarse una de imprenta, ¿es por ventura extraño que yazca paralizada y en el abandono la reorganizacion de la Sanidad y la Beneficencia? ¿Habría motivo tampoco para quejarse por que los Gobiernos se hayan visto imposibilitados de dotar á la nacion de estas importantes leyes y reglamentos administrativos, cuando apenas tienen tiempo, ni vigor, ni habilidad que alcance á conseguir la votacion de los presupuestos, que son para ellos el verdadero principio de vida?

Pues, siendo esto así, y no pudiéndose acometer reforma alguna de importancia sin modificar previamente la ley de Sanidad, ó reemplazarla por otra, ¿es razonable exigir lo imposible, acudir con quejas que si pueden ser escuchadas no pueden ser atendidas, y menos prorumpir en denuestos contra todo el que por delante se pone, cuando nadie tiene la culpa de este embrollo en que la nacion gime? Por buena que sea la voluntad de los ministros (y no hay razon para suponer que la tengan mala), y ardiente el celo del director del ramo, ¿es posible que venzan unos obstáculos que no han logrado vencerse aun tocante á otras reformas, si no más importantes, á lo menos de mayor urgencia?

¿Es que desde 1856 acá no ha pensado el Gobierno en modificar la ley de Sanidad y llevar á efecto una reforma sanitaria completa, en cuyo caso habria motivo de justísima censura? Ciertamente que nó: sabe todo el mundo que no ha habido ministro que no desee mejorar la Beneficencia y la Sa-

nidad; que se han formado al efecto durante esos ocho años á lo menos tres proyectos de ley por el cuerpo á quien esto corresponde; que la Direccion los ha examinado y dispuesto, con el buen propósito de someterlos á las Cortes; pero que todos aquellos laudables esfuerzos, que fuera injusto desconocer, se han estrellado contra las circunstancias aciagas que se oponen á esas y á otras importantísimas mejoras en todos los ramos de la administracion.

Esta consideracion basta, por sí sola, para acreditar lo impropio que fuera de personas sensatas el reclamar á gritos y con descompostura, un dia y otro dia, lo que no hay en el momento posibilidad de conseguir, y la indignidad que habría en inculpar á nadie, tal vez á quien más los deplora, por el hecho de no tener enmienda males que no está en su mano corregir. En política y administracion, como en medicina y en todo, hay que atender muy particularmente al *occasio preceps* de Hipócrates.

Así como el ministro saliente Sr. Benavides, se hallará el entrante Sr. Cánovas, perfectamente dispuesto para llevar á realizacion útiles reformas sanitarias; el centro administrativo á quien corresponde, estamos ciertos que no dejará de proponerlas, como siempre las ha propuesto cuando no ha juzgado su tarea vana; pero despues de todo, puede ocurrir muy bien que ni se presente, ni menos se discuta en ambos cuerpos colegisladores, una nueva ley de Sanidad, base precisa de la cual ha de arrancar un edificio sanitario sólido y completo. Y con tanta más facilidad acontecerá esto cuanto más se aparte el proyecto que á las Cortes se someta de una simple autorizacion para que dé el Gobierno la ley, calcada sobre una ó cuando mucho dos docenas de bases...

Si llegase el dia en que viéramos echados los indispensables cimientos, no fuéramos de los postreros á pedir que con energía y prontitud se continuara la obra; pero faltando, mejor pareceríamos unos insensatos, que personas de juicio moviendo escándalos y prorumpiendo en quejas.

Algo esperamos, si toma asiento el gabinete que acaba de formarse. Entendido es y celoso el nuevo ministro de la Gobernacion, y tampoco le falta la resolucion que se requiere para llevar sus pensamientos á cumplido efecto, una vez penetrado de que son para el país beneficiosos.

Reorganizar el ramo en conformidad á la ley actual mientras se dispone otra nueva, es lo que por de pronto importa y á lo que debe por ahora aspirarse.

Bien se advierte, que lejos de oponernos con esto á las reformas precisas, largos años hace pensadas y propuestas, lo que hay es que queremos llevarlas á ejecucion por el más desembarazado y llano camino; sin que la pasion se mezcle para nada en el asunto, sin dar pábulo á dañosas prevenciones ni apelar á peligrosos extremos.

Al efectuarse esas reformas, que han de partir de la ley, es cuando podrá pedirse que los médicos tengan aquella participacion que de derecho les corresponde en asuntos de su incumbencia casi esclusiva, y cuando hay que procurar el bienestar de una clase, cuya suerte se halla íntimamente enlazada con la de la humanidad.

En resumen: los gobiernos están muy lejos en el dia de ser omnipotentes, y hay que darles tiempo para que las reformas proyectadas lleguen á madurez. No habiendo razon para dudar de los buenos deseos de los que gobiernan, más puede conseguirse auxiliándolos y escitándolos oportunamente, que abrumándolos con invectivas y reclamando cosas que solo en tiempo y sazon pueden alcanzarse en todo ó en parte.

Tal es nuestro dictámen en el asunto. No reñiremos con quien le tenga distinto, ni con quien para conseguir se valga de otros recursos.

Descansen los lectores de El Siglo en la seguridad de que

no por atender á los asuntos científicos desatendemos los profesionales. Lo que hay es, que no gustamos de ocuparnos en vanas tareas, y reservamos para las oportunidades nuestros escritos.

SOBRE LA FIEBRE PUERPERAL EPIDÉMICA.

Las epidemias de fiebre puerperal son un azote con que la Providencia suele afligir á los grandes centros de poblacion, y que más de una vez han conmovido á los médicos, que en balde han tratado de buscar remedio para esta calamidad. La más mortificada por ella ha sido la capital de Francia, en cuyos hospitales se manifiesta de vez en cuando con proporciones alarmantes, y sin que los cuidados con que se procura mejorar el régimen de los establecimientos, eviten el desarrollo súbito é imprevisto de la enfermedad en las salas destinadas á parturientes; las cuales son atacadas, poco despues del parto, de accidentes formidables, terminados casi siempre por la muerte. Sucede tambien por lo comun en estos casos, que cuando la epidemia se ha juzgado terminada, y despues de planteadas las medidas higiénicas más minuciosas, se ha creído que las salas vacías por mucho tiempo debieran encontrarse completamente saneadas, y al abrirlas de nuevo al servicio se reproduce el mal en la propia forma que anteriormente. En ocasiones no se ha limitado tanto su influencia, sino que estendida á las poblaciones, pasa de casa en casa, se hace general y siembra el espanto en las familias por la pérdida de casi todas las recién paridas.

Una de estas épocas calamitosas ocurrió en Paris allá por los años de 1855 á 1856, y este funesto acontecimiento dió lugar á serios y prolongados debates en la Academia de medicina, donde, aun en el cuerpo médico general, se hallaban divididas las opiniones con respecto á la naturaleza de la enfermedad. Efectivamente, partidarios unos de la escuela orgánica y localizadores por lo tanto, juzgaban que todos los trastornos y resultados de esta fiebre eran consecuencia de una flegmasia del útero ó de sus dependencias, irradiada al peritoneo, á las venas, etc., y estendida á gran número de mujeres en virtud de influencia atmosférica epidémica. Otros, más filosóficos y cuerdos en mi concepto, opinaban que el mal era determinado por una causa más general, y que las inflamaciones ó síntomas locales que acompañan á algunos casos eran solo accidentes, debidos á la accion de aquella. Es desconsolador á la verdad, que al propio tiempo que se notaba tan marcada divergencia de pareceres sobre la índole del mal, existiera en la opinion de los prácticos más eminentes de Francia, dedicados á este ramo especial de la profesion, la mayor uniformidad sobre la ineficacia de cuantos medios se han empleado para combatirla. El Siglo Médico hizo mencion en época oportuna de aquellas discusiones; mas como quiera que lo expuesto en él fuera una corta reseña de lo expresado por algunos de los oradores, me propongo hoy ocuparme de este interesante asunto con mayor estension, á lo que entre otros motivos me mueve la circunstancia de haber ocurrido en esta ciudad recientemente algunas defunciones á consecuencia de la fiebre en cuestion, que han sembrado el espanto en muchas familias y la desolacion y el desconsuelo en otras, y la de haber tenido ocasion de observar por mí mismo tres de los casos funestos, lo cual me constituye en situacion de poder emitir mi juicio sobre las ideas enunciadas en aquellas discusiones.

Empezaré, pues, por la reseña de ellas, terminando con la exposicion de mis observaciones y consiguientes apreciaciones sobre tan terrorífica enfermedad.

El debate sobre la fiebre puerperal en la Academia de medicina de Paris, fué promovido por una comunicacion del Sr. Guerard, en que llamaba la atencion de la Academia sobre una enfermedad de que hasta entonces no se habia

ocupado, y que por el número y gravedad de sus casos y por la ineficacia de los medios aconsejados para combatirla, merecía ser puesta á discusión, á fin de que pudieran ilustrarse su naturaleza y tratamiento mediante las nociones suministradas por los socios dedicados á esta especialidad. Le movía á promover este debate el triste fin de una joven, que habiendo abortado á los cinco meses de su preñez, sucumbió en pocos días á una fiebre puerperal, no obstante de haber empleado el sulfato de quinina en la forma aconsejada por el Sr. Beau, y en vista de las dificultades que á cada paso surgen cuando se estudia esta enfermedad.

Efectivamente, y tratándose de su naturaleza, ¿cómo calificar un mal en que las lesiones anatómicas ni son constantes ni iguales en el caso de existir alguna de ellas, segun ha acreditado la experiencia? Estas lesiones y los accidentes que determinan, asimismo variables en su marcha y en su intensidad, ¿no parecen hallarse subordinados á una causa general, de la que son únicamente un elemento secundario?

Prescindiendo de los casos en que la autopsia más minuciosa no ha descubierto la menor alteración anatómica, aun en aquellos en que algunas se hallan, no hay la constancia que se exige para la determinación marcada de la naturaleza del mal. Entre 222 autopsias citadas por el Sr. Tounel, faltaban las señales de peritonitis 29 veces, de metritis 25 y de flebitis y linfitis 88: los Sres. Voillermier y Bourdon han dado á conocer muchos casos en que tales lesiones no existían. Por lo que hace á la infección purulenta, no solo se ha probado por la observación su falta de existencia, sino que la autopsia ha demostrado la presencia del pus en las venas ó circulando con la sangre en mujeres que no han experimentado los accidentes ordinarios de la fiebre puerperal. El Sr. Guerard ha recordado muchos ejemplos, ha citado las experiencias en que se ha inyectado pus en las venas de un animal sin determinar accidentes mortales, y en consecuencia cree que ni la infección purulenta, ni la pyoemia, ni las lesiones locales pueden considerarse como los agentes de la afección que se ha llamado fiebre puerperal.

El orador, después de haber sentado y acreditado con algunos ejemplos la necesidad de distinguir en la fiebre puerperal lo que depende de la situación de la mujer y lo que es ocasionado por la influencia epidémica, reconoce en esta terrible enfermedad una causa general que se sobrepone y domina las individualidades afectadas, y obliga á variar la terapéutica segun los tiempos y circunstancias; verificándose por esta razón que un remedio heroico en una epidemia sea ineficaz en otra, ó en distinto período de la misma epidemia, obligando á recurrir alternativamente á los antiflogísticos, sulfato de quinina, ópio, ipecacuana y otras medicaciones, que á su vez han debido ser reemplazadas unas por otras en vista de su impotencia. Finalmente, el Sr. Guerard ha apelado á la experiencia de sus colegas, interesándoles en una discusión cuyos diversos puntos de doctrina no habían sido hasta entonces examinados con el interés que su importancia demandaba.

A la invitación del Sr. Guerard, respondió el primero el Sr. Depaul, considerando la fiebre puerperal como una enfermedad esencial, á la que convendría quizá mejor el nombre de tífus puerperal. Segun su dictamen, esta enfermedad se desarrolla y marcha á la manera del cólera, del tífus y otras enfermedades generales; reina de una manera epidémica, y se desenvuelve particularmente bajo la influencia de la aglomeración de enfermos; en ocasiones vá precedida de otras afecciones menos graves, que se ceban no solo en las mujeres recién paridas, sino tambien en los niños, en las embarazadas, en los sirvientes del establecimiento ó en los enfermos; de modo, que la presentación del *muguet*, de la oftalmía purulenta ó de la erisipela en una enfermería de parturientes puede considerarse como el precursor de una epidemia de fiebre puerperal. Hasta las mismas comadres son atacadas muchas veces por esta

causa general, que se hace sentir sobre todo el organismo; y sucede en ocasiones que la fiebre puerperal se desarrolla en ellas como si estuvieran en cinta, solo por el hecho de haber vivido en el medio infectado y por haber asistido á las enfermas.

Las lesiones anatómicas que suelen hallarse, prueban igualmente en lo inmensas y variadas, que la fiebre puerperal es una enfermedad general, pues ocupan diferentes tejidos ú órganos, como el peritoneo, las meninges, las pléuras, las articulaciones ú otras: además, y como en corroboración de ello, se observan trastornadas profundamente muchas funciones, sobre todo el sistema nervioso el que más suele resentirse. El Sr. Depaul vé asimismo una prueba de la esencialidad de esta calentura en el modo con que se ensaña en todos los hospitales de París, donde la mortalidad es á veces espantosa, guardando la proporción de una por cada tres enfermas, lo que obliga al médico á aconsejar á las parturientes que huyan de estos focos de infección. Por último, hasta el contagio es, segun el señor Depaul, una prueba de la esencialidad de la enfermedad; y el contagio es para él evidente, y comprobado por los muchos casos que del mismo puede citar.

Acaeció uno de ellos durante la epidemia de 1839, á la sazón que el Sr. Depaul era interno en el hospital de la Maternidad, y se verificó en una joven discípula, que, como las demás aspirantes á comadres encargadas de asistir á las enfermas, vivía en medio de las emanaciones que estas exhalan. Una tarde se encontró algo desazonada, lo que atribuyó á las emanaciones percibidas al levantar las ropas de una paciente: colocada en la enfermería, fué acometida poco después de un frío violento, al que siguieron todos los síntomas de la calentura puerperal, y tres días más tarde la muerte. Por la autopsia se descubrieron las alteraciones que solían hallarse en otras víctimas de la epidemia, debiendo advertirse que esta joven no se encontraba con la regla, y que lejos de haber parido, se comprobaron en ella todas las señales de la virginidad.

En otros casos ha sido directo el contagio, y con este motivo dijo el Sr. Depaul que habiéndole llamado para asistir á una parturiente particular, en ocasión que se hallaba practicando la autopsia de cuatro ó cinco mujeres muertas de fiebre puerperal, aquella fué atacada por la tarde del frío precursor del mal, sucumbiendo pocos días después á consecuencia de este, aun cuando antes de pasar el Sr. Depaul á casa de la enferma había adoptado todas las precauciones recomendadas en circunstancias análogas, como son: lavarse las manos con prolijo esmero, cambiar de vestidos, y procurar desvanecer por completo el tenaz y particular olor de que se satura el que opera las autopsias de este género. Otro caso análogo fué el de una parturiente, que en su sétimo parto sucumbió con presteza á la fiebre puerperal, reinante á la sazón en la sala de paridas del Sr. Dubois, de la que era jefe clínico el Sr. Depaul, y de donde salió para asistir á aquella en una casa vecina.

La evidente alteración de la sangre en las enfermas de fiebre puerperal prueba, segun el Sr. Depaul, la esencialidad de esta dolencia: efectivamente, aquella es difluente, y ó no se coagula ó se coagula de una manera incompleta; á veces tiene un color particular violáceo, ó como la jalea de grosella, no siendo raro que ostente un aspecto aceitoso *sui generis*. De acuerdo el microscopio con las observaciones clínicas, presenta á este líquido alterado tambien en su composición orgánica.

Establecidos estos precedentes, que el Sr. Depaul robusteció con extensas consideraciones teóricas, no duda en afirmar que la fiebre puerperal debe ser distinta de otros afectos más ó menos graves que aquejan á las mujeres recién paridas. Para esta opinión ha tenido en cuenta la época en que sus accidentes se manifiestan, los cuales rara vez tardan más de los ocho ó doce días, pudiendo asegurarse que los fenómenos formidables que sobrevienen pasado este período son producto de enfermedades

distintas. Aquella se inicia generalmente con un gran frío, que rara vez se repite y que es casi constante al principio de la enfermedad; á él se agrega una extrema frecuencia del pulso; la respiración es ansiosa y precipitada; hay un marcado trastorno en la hematosi, y la inteligencia se afecta también. Las enfermas no responden con prontitud á las preguntas que se les dirigen, y al efectuarlo parecen salir de un ligero sueño, aunque tengan los ojos muy abiertos. La voz presenta cierto temblor particular; siendo tan graves estos últimos síntomas, que el Sr. Depaul no ha visto curarse ninguna de las que los han experimentado. Es de advertir, que los dolores escesivamente violentos en las coyunturas, sin lesión local apreciable, constituyen una señal esencial de la fiebre puerperal, y un indicio también de una muerte cierta. La diarrea, el meteorismo y la supresión de los lóquios no son síntomas privativos y particulares á la fiebre, sin que por ello dejen de tener importancia en el pronóstico.

Esta enfermedad ha podido confundirse con la infección purulenta, la infección pútrida y aun con la fiebre tifoidea.

Las recién paridas pueden ser afectadas por la infección purulenta, á la que casi siempre sucumben; mas es fácil distinguirla de la fiebre puerperal. En primer lugar no invade como esta entre los ocho ó diez primeros días después del parto; no principia con el frío inicial de la fiebre, y si alguna vez se le nota, se repite muchas otras: además, bien pronto se advierten el tinte icterico de la piel y las demás complicaciones que caracterizan la infección purulenta.

La infección pútrida puede aparecer cuando los lóquios toman un olor fétido, cuando restos de membranas ó de la placenta, ó el feto muerto, quedan dentro del útero. El frío de esta es menos fuerte y más repetido, y las enfermas presentan la lengua húmeda, mientras que en la fiebre puerperal se la vé negruzca, seca y cubierta de una capa fuliginosa; además, puede ser precavida ó cortada en su principio desembarazando al útero de los cuerpos extraños que contiene y haciendo inyecciones.

Por último, la fiebre puerperal difiere mucho de la fiebre tifoidea para que estas enfermedades puedan ser confundidas por largo tiempo: cuando más, podrá haber alguna duda en un hospital en que el tifus puerperal reine epidémicamente.

Después de haberse detenido bastante el Sr. Depaul en la indicación de los caracteres que diferencian estas enfermedades, ha expuesto que solo por una lamentable confusión de la fiebre puerperal con las afecciones enunciadas, ó con las metritis ó metro-peritonitis, han podido recomendarse como eficaces ciertos remedios que nunca la han curado. Su opinión sobre los recursos de la terapéutica es la más desconsoladora: después de experimentar todos los remedios ensalzados, persiste más convencido, de que cuando con ellos se ha alcanzado la curación, ha sido porque no se trataba tal fiebre. Las preparaciones mercuriales, si bien han dado resultado en algunas ocasiones, generalmente han fracasado.

El sulfato de quinina, tan encarecido por algunos, y más particularmente por el Sr. Beau, ha fracasado por completo en los ensayos hechos por el Sr. Depaul en el hospital de las clínicas. De un gramo á gramo y medio de sulfato de quinina, precedido de un vomitivo, se ha administrado á 75 enfermas, y á pesar de haberse determinado en ellas la saturación quinínica, espresada por la sordera, zumbido de oídos, etc., todas han muerto, sin notarse otra influencia por parte del remedio que alguna disminución en la frecuencia del pulso.

Mientras que el Sr. Depaul sufría estos reveses con el sulfato de quinina, el Sr. Beau obtenía los resultados más satisfactorios en el hospital *Cochin*, donde reinaba una epidemia parecida: mas, según el Sr. Blot, comisionado por aquel para visitar el hospital del Sr. Beau y explicar la diferencia de resultados, el sulfato de quinina se adminis-

traba en él, no solo á las enfermas de fiebre puerperal, sino á otras de males muy distintos é infinitamente menos graves. Pudiendo casi decirse lo mismo del *veratrum viride*, ponderado por el Sr. Barker, y de tantas otras medicaciones elogiadas.

Si la terapéutica es impotente para la curación de la enfermedad que nos ocupa, la profilaxis no le aventaja mucho para prevenirla: desde luego pueden considerarse como ineficaces los medicamentos indicados con este objeto; y por lo que respecta á las medidas higiénicas, la sola eficaz será hacer que las mujeres paran en sus respectivas casas, evitando su reunión en un mismo local, por haber acreditado la experiencia que ínterin se reciba gran número de mujeres en un establecimiento sobrevendrán epidemias de fiebre puerperal, sin que alcance á evitarlo el cuidado de renovar el aire de las salas, admitir pocas enfermas, cambiar las ropas y aun el cerrar las enfermerías, pues en cuanto estas han vuelto á abrirse ha reaparecido inmediatamente el mal.

(Se continuará.)

SANTIAGO GARCÍA VAZQUEZ.

DEL AMASAMIENTO DE LOS ÓRGANOS; por el Sr. Martín de Pedro.

TERCERA PARTE.

De los efectos terapéuticos del amasamiento (1).

ENFERMEDADES GENERALES. *Anemia, clorosis*.—Prescindamos de todo punto de la discusión sobre las ideas que hoy dominan con respecto á la esencia de estas enfermas y á sus diferencias. Nos parece que sin sentar un absurdo podemos decir que se las considera *esencialmente* constituidas por la disminución de los elementos plásticos de la sangre: existe, es verdad, esta alteración orgánica en las enfermedades que nos ocupan, y es la que se puede atacar con el amasamiento general, ayudado de fricciones aromáticas y sin el acompañamiento del baño caliente; cuando se quiera emplear este se aumentará su acción con preparaciones sulfurosas. Recamier, Guillet, Aran, Colson y Grissolle le conceden una gran eficacia, y refieren hechos que la prueban.

Caquexias.—Las enfermedades diatésicas al llegar al periodo caquético han producido ya entre otros trastornos el muy considerable de disminuir la cantidad de glóbulos rojos, aumentándose en razón inversa la parte fluida de la sangre: fundados sin duda en la presencia de esta alteración sanguínea, algunos médicos han recomendado el amasamiento en el tratamiento de las caquexias, y así se han decidido á probar un medio más en la desconsoladora terapéutica del cáncer, tisis diabetes, etc. No hacemos aquí más que reseñar lo que se ha dicho; cada profesor juzgará de la importancia que se le puede conceder en tales enfermedades.

El reumatismo se ha tratado también con este agente; pero no es el agudo en el que se ha aplicado, sino en el crónico: además de la influencia general que el amasamiento puede tener en esta enfermedad diatésica, nosotros le creemos principalmente indicado para combatir *sus efectos locales*: hemos tratado con el amasamiento un estado morbozo que simulaba una parálisis de las extremidades superiores, y que estaba constituido por una atonía de los músculos deltoides subsiguiente á un reumatismo; databa de cinco meses, y el amasamiento devolvió la fuerza y los movimientos á los miembros.

Intoxicaciones, asfixias.—Intoxicaciones existen en que puede ser útil el amasamiento; en las que producen un retardo

(1) Véase el número anterior.

en la circulacion sanguinea, puede activarse esta con un amasamiento general; se han tratado tambien con el mismo medio varios accidentes de la encefalopatía saturnina, como los cólicos y las parálisis, y se dice que puede ayudar á eliminar el metal. Las asfixias, ya sean dependientes de una intoxicacion, ya muy principalmente de la de inmersión y la de los recién nacidos, se combaten con el amasamiento en los niños que por haber permanecido un espacio de tiempo escésivo en el conducto vulvo-uterino, ó por alguna otra causa, nacen vivos y no respiran, se consigue con el amasamiento lo que con ningun otro agente; ayudado con lociones de vino caliente creemos deberle la vida de más de un niño; caso ha habido en que á pesar de haber transcurrido muchos minutos sin presentar señales de vida, nuestra pertinacia ha logrado un gemido. Le empleamos como todos los comadrones bajo la forma de fricciones y flagelaciones en las espaldas, nalgas, pecho, etc.

Fiebres esenciales.—Hemos colocado entre las contraindicaciones del amasamiento el elemento febril; pero hay algunas enfermedades, como el cólera y la fiebre amarilla, consideradas como fiebres esenciales y en que sin embargo se ha aconsejado el uso del amasamiento; únicamente en el período atónico podrá servirnos de un buen escitante general. Donde es más útil es en los calambres del primero y en las convalecencias de ambos. Las intermitentes llevan consigo á la larga la caquexia palúdica; tambien podrá sernos útil en esta como en algunas otras caquexias.

Enfermedades nerviosas.—Nada diremos de algunas formas de locura en que se ha creído indicado, porque su utilidad se limita á combatir ciertos trastornos generales que acarrear. En las afecciones espasmódicas puede ser muy conveniente.

«En las afecciones espasmódicas que sobrevienen despues de evacuaciones sanguineas naturales ó artificiales exageradas, que es lo más frecuente, ó despues de una dieta intempestiva, etc., aunque en verdad tienen accion los antiespasmódicos, es de un modo pasajero y puramente paliativo... Las medicaciones radicales son en este caso la rehabilitacion de las funciones vegetativas generales; crear una sangre rica y obrar de manera que todo el poder vital se dedique á hacerla servir para los actos de nutricion: hé aquí el secreto del tratamiento, porque tales son las condiciones contrarias á las que han hecho que se desarrolle el estado nervioso espasmódico. Nada trastorna ni destruye tanto esta condicion como la sustraccion de los alimentos y de la sangre; en efecto, la asimilacion de semejantes materiales es el único trabajo á que están destinadas las fuerzas particulares, cuya perversión engendra las afecciones espasmódicas, y la sustraccion de los mismos priva á las fuerzas de que se trata de su objeto y de su uso natural, regular y determinado; que es decir, las reduce á anomalías é irregularidades, que precisamente constituyen el carácter de los espasmos esenciales. Repetiremos que los tónicos de la materia médica, y en primer lugar el hierro, y despues los verdaderos tónicos, es decir, una alimentacion prontamente reparadora y un ejercicio muscular al aire libre que aproveche los alimentos ingeridos, forman el tratamiento radical del estado espasmódico, desarrollado por la primera série de las causas referidas» (1). Las líneas que transcribimos espresan bajo el punto de vista que nos ocupa, más que cuanto pudiéramos decir. Prescindiendo de la teoria de los autores y del asiento que señalan á estas enfermedades, es indudable que su gran espíritu de observacion ha visto y demostrado la verdad de la relacion que existe entre las funciones vegetativas y las manifestaciones del sistema nervioso; este sigue á aquellas en todas sus fases, y el mejor tratamiento de los estravíos

productores de los espasmos por la debilitacion organica son los tónicos, los agentes que *rehabilitan las funciones vegetativas generales*, segun la espresion de los Sres. Trousseau y Pidoux; hemos probado que el amasamiento produce estos efectos, y por lo tanto, le corresponde la frase dicha.

Hay un orden de enfermedades nerviosas espasmódicas que casi todos los autores han referido á lesiones funcionales de órganos abdominales; la hipocondria, el histerismo y otras.

La hipocondria para algunos está constituida por una alteracion funcional del higado, en lo que se funda su nombre: siempre se ha mirado como uno de los mejores medios de combatirla el ejercicio, y sobre todo el de la equitacion; se ha explicado el alivio que produce, por las sacudidas que conmueven el vientre y aumentan la accion de los órganos contenidos en él. No cabe la menor duda de la utilidad del amasamiento en estos enfermos.

El histerismo evocado por el útero produce á veces una sensacion de estrangulacion: *el bolo histérico*, en que las enfermas creen que el útero ha mudado de lugar y acusan su presencia en el epigástrico y aun el cuello. Dicho estado nervioso suele ir acompañado de un dolor epigástrico, una sensacion de debilidad y flatulencia muy incómodas. Todas estas sensaciones desaparecen como por encanto á merced de un amasamiento del vientre. Se comprende muy bien que hallándose repartida desigualmente la vida, sobrescitada la matriz produce hácia sí una derivacion vital bien manifesta por la exaltacion de sus funciones y la atonia de los órganos vecinos; si acudimos con un medio fortificante que anime á los atónicos, lograremos que desaparezcan la epigastria, la sensacion de bolo histérico, y que animadas las fibras musculares del tubo digestivo y la vitalidad de las glándulas anejas á él, se presenten esos eructos inodoros tan abundantes despues de un amasamiento, y una disposicion más favorable á las funciones digestivas.

Es tan notable el efecto del amasamiento en estos casos, que el vulgo le ha sancionado con el absurdo nombre de *bajar la madre*; y en efecto, convencidas como se hallan las pacientes de que el bolo ascendente, cuya sensacion acusan hasta en la misma faringe, es la misma matriz, al verla desaparecer con el amasamiento epigástrico, no es extraño que aquel error traiga este otro.

Existe un estado morbozo que aunque muy diferente por su causa del anterior, no lo es por sus efectos; hay personas que á consecuencia de una digestion laboriosa quedan con el estómago é intestinos en un estado atónico que se manifesta de una manera análoga á la descrita en las mujeres con el nombre de bolo histérico; una purga intempestiva, á cuyo uso suele ser algo propenso el vulgo, aumenta la atonia de dichos órganos. La clase baja de la sociedad prefiere en muchas ocasiones á la asistencia del médico la de los curanderos; estos les hacen el amasamiento epigástrico, les aplican un emplasto confortante y quedan curados. A esto le llaman ellos *subir la paletilla*, porque suponen que el apéndice xifoides se ha lujado y con las maniobras le colocan en su lugar (1).

(1) Como hemos ya manifestado, tuvimos ocasion de ver una vez bajar la madre. Puesta la enferma en decúbito supino, con los miembros inferiores en semiflexion, se colocó la curandera entre sus piernas; hízose tres cruces, hizo otras tres sobre el vientre de la paciente, y untándose las manos con aceite empezó á hacer unas fricciones suaves desde detrás de las axilas hasta el epigástrico, siguiendo la direccion de las costillas, fué descendiendo, amasando los espacios intercostales é hipocondrios (esto era bajar la madre): bien amasadas las enunciadas regiones, cojió un gran pliegue de piel del epigástrico—allí estaba la madre, faltaba asegurarla—aplicó luego una ventosa, en la que segun la protagonista se metia la madre y quedaba sujeta, le aplicó una cataplasma de canela y con esto terminó la operacion.

(1) *Terapéutica y Materia médica* de Trousseau y Pidoux: tomo III, pág. 382.

Algunas neuroses convulsivas han sido tratadas por medio del amasamiento con muy buen resultado; la contractura muscular, las convulsiones mercuriales, las de los escritores y el corea.

El Sr. Blache se ha ocupado con especialidad de esta última, y dice haber obtenido grandes resultados del amasamiento: le aplica de una manera *pasiva* por la naturaleza especial de la enfermedad. «El Sr. Laisne hace el amasamiento en los coreicos de la manera siguiente: ayudado de tres ó cuatro de sus discípulos más inteligentes, fija al niño enfermo sobre su cama en decúbito dorsal y le tiene en la mayor inmovilidad posible por espacio de 10 á 15 minutos; comienza despues el amasamiento con toda la mano, y le repite largo rato por los miembros y el pecho. Al amasamiento siguen enérgicas fricciones: hace otro tanto en la parte posterior del tronco, y principalmente sobre la nuca y músculos de los canales vertebrales. Dura la sesion una hora, y se repite tres ó cuatro dias seguidos. Cada vez se observa una mejoría en el desórden de las contracciones; el enfermito dá muestras de un bienestar general, y si hace largo rato que no ha dormido, puede hacerlo con bastante sosiego. Los dias siguientes, sin abandonar el amasamiento, se obliga al enfermo á hacer movimientos regulares y completamente rítmicos.»

La eclampsia, el espasmo de la glótiis, la angina de pecho, la coqueluche y la catalepsia, han sido tratadas por el agente de que nos ocupamos.

La anafrodisia, la espermatorea y la contractura espasmódica de la vagina (Recamier), tambien han sido objeto de experimentacion; en la última, al parecer, con éxito satisfactorio.

La atrofia muscular progresiva, cuyo verdadero lugar en nosologia aun no se ha designado, pero que por las ideas que de ella han dado Duchenne y Trousseau se puede colocar entre las nerviosas, ha sido combatida con muy poco resultado por el amasamiento y la electricidad. Ambos agentes los hemos empleado en una señora que padecía esta enfermedad, y usado aquel por largo tiempo sin la ayuda de la electricidad nos dió resultados bastante lisonjeros.

Por razon análoga se emplea muy comunmente en nuestros dias en las parálisis que no dependen de una lesion cerebral ni de solucion de continuidad de los cordones nerviosos.

En las neuralgias ha sido reconocido como muy abonado por Valleix, Recamier, Grissolle y Estradère.

Tan solo reseñadas las aplicaciones del amasamiento en las enfermedades generales, pasaremos á ocuparnos de las locales con la misma concision. Algunas de las aquí estudiadas son sin duda manifestaciones de un estado patológico que ocupa toda la economia, pero las miras del tratamiento nos permitirán considerarlas como más relacionadas con el aparato á que pertenecen.

Aparato circulatorio.—Fácil será calcular las pocas enfermedades de este aparato en que podrá convenir el amasamiento siendo un escitante de la circulacion; las indicaciones y contraindicaciones dependerán del estado del organismo. A pesar de la asercion del Sr. Georgii no concebimos tan fácilmente las ventajas que él cree conseguir en las perturbaciones de las funciones del corazon, y únicamente en el síncope podrán ser efectivamente útiles el amasamiento, la flagelacion

La enferma arrojó gran cantidad de gases por la boca y verdaderamente se alivió.

El *subir la paletilla* es una cosa análoga, pero aquí intervienen las rodillas del curandero, que golpea sin compasion al paciente.

Sería impropio de la formalidad de un médico el transcribir esta nota si no lo hiciéramos para demostrar que las maniobras discretas son un amasamiento que el profesor puede utilizar.

y las vibraciones punteadas que él hace en la region precordial. Tambien se podrá por su medio acelerar la absorcion serosa en la flegmatia alba dolens y en los edemas esenciales.

Los equimosis y bolsas sanguíneas ceden en manos de Velpeau á la compresion forzada, con la que derrama en las mallas del tejido celular ambiente la sangre acumulada y facilita su resolucion; segun él un derrame sanguíneo que tardaría en desaparecer seis semanas por medio de los tópicos, se puede curar en dos dias por medio del amasamiento.

Con el mismo remedio se ha querido atacar ciertas enfermedades del bazo y cuerpo tiroides: cuando la afeccion sea puramente local, cuando consista tan solo en una congestion y aun en hipertrofia, cuya causa productora haya desaparecido, empleariamos con fundadas esperanzas el agente en cuestion; pero como desgraciadamente suelen ser las tumefacciones esplénicas y tiroideas el reflejo de enfermedades en que el organismo está profundamente interesado—leucocyternia, bocio exoftálmico, cáncer—no podremos ver en él más que un medio coadyuvante, y esto no siempre.

Las varices desaparecen bastante prontamente con un amasamiento conveniente, y que vigoriza los tejidos laxos que las sostienen.

Los estancamientos generales de sangre dependientes de la asfixia, ya hemos manifestado cómo se vencen con el amasamiento.

Aparato respiratorio.—Ciertas afecciones laringeas, ciertos estancamientos sanguíneos tiroideos han desaparecido con las maniobras de amasamiento hechas por Georgii. Para la bronquitis crónica le ensalza Grissolle, combinado con baños sulfurosos; lo mismo podemos decir del catarro crónico. En el catarro agudo que empieza con coriza y signos de irritacion laringea le cree abortivo el Sr. Cabin-Saint-Marcel. «¿Quién no ha visto,—dice,—desaparecer despues de un ejercicio violento una afeccion brónquica cuya invasion se ha anunciado con escalofrios, dolores contusivos de riñones y de los miembros, la anorexia y la cefalalgia?» Pero las ideas que dominan acerca de la causa orgánica de los catarros, no nos permiten admitir lo que dice el Sr. Cabin-Saint-Marcel.

En la pulmonía es muy problemática su utilidad, y no nos ocupariamos de ella si no hubiéramos visto las siguientes líneas de Hipócrates, que parece le concedia algun valor. «En cuanto á los dolores de costado—ocupándose del tratamiento de la perineumonia—nada impide aplicar encima fomentos y emplastos; se frotará con aceite caliente las piernas y los lomos, y se les untará con grasa.»

Enfermedades de la piel y tejidos que cubre.—Emanando las indicaciones del amasamiento de su modo de obrar, se concibe que se haya aconsejado para algunas enfermedades de la piel y tejido celular, de carácter asténico, como el eczema crónico, la pelagra, la anasarca, el escleroma de los recién nacidos, la elefantiasis de los griegos y la polisarcia. En la última ha dado muy buenos resultados. En esas personas cuyo tejido adiposo ha tomado tal incremento que ha llegado á deformar regiones como la del vientre y á distender de tal modo la piel que ha perdido su elasticidad, un amasamiento con flagelacion, gradualmente y por largo tiempo, vigoriza aquellos tejidos tan pastosos, los reduce en dimension, y las personas adquieren más ligereza, soportan mejor la carga, y aun se dice que logran disminuir notablemente la gordura.

Los quistes y lipomas han sido tratados con buen éxito por medio del aplastamiento; en los primeros, y sobre todo si son sinoviales, es muy fácil su rotura y extravasacion, consiguiendo además la adhesion de sus paredes por la irritacion que se produce.

(Se continuará.)

SOCIEDADES CIENTÍFICAS.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Memoria clínica de un sugeto que ocupó el núm. 5 de la sala de San Antonio, en el Hospital general de Madrid, á cargo del Dr. D. Félix García Caballero, médico de número del mismo establecimiento.—Autopsia y descripción anatómica de una singular disposición del diafragma, el omento y el corazón.—Ectopia intra-pericardiaca.

Enseñanza, y no poca, puede dar el estudio del peregrino caso de anatomía patológica que cupo en buena suerte al Hospital general y á la Escuela de medicina de esta corte; enseñanza que será tanto más útil y beneficiosa, cuanto que anatómicamente será dado á conocer por un hábil profesor, ornamento de esta Universidad central, el Sr. Dr. D. Juan Fourquet, á cuya modestia no debo sacrificar lo justo de esta apreciación.

Refiérese á un sugeto de quien poseo antecedentes clínicos de no despreciable interés, y que si por desgracia no están en relación directa con la alteración anatómica, demostrada por una tan feliz como inesperada casualidad, con todo, conviene no pasen desapercibidos, no solo para alentar en la difícil ciencia del diagnóstico, que algun provecho saca al fin viendo confirmadas sus fundadas presunciones en cierto modo, muy de acuerdo en este caso con la manifestación anatómica, sino la ciencia en general, que se apodera de un hecho que descubre lo posible de una serie de fenómenos extraños, que dejando el ánimo perplejo, abren un ancho campo á la contemplación y el estudio.

¿Y cómo dejar de pensar asiduamente en la singularísima disposición anatómica del diafragma perforado de Juan Calotto? ¿En el paso del omento y su entrada por la anómala abertura diafragmática á la cavidad del pecho, ganando esta region como una hernia, y que llega y penetra el pericardio? ¿Cómo no meditar, observando hendida esta cubierta fibrosa resistente, y por entre sus fibras ver deslizarse y entrar el epiplon hasta el corazón á quien cubre?

Suceso tal, bien merece severa meditación; pues abonado es el observador anatómico Sr. Fourquet, que dá los estudios del cadáver, y bien servida será la ciencia en sus legítimas aspiraciones; porque hay de seguro en la nuestra, como en todo, cierta suerte feliz que alcanza aun á los hechos, y este es uno de esos, pues vino con la buena estrella, para no perderse, de tener teatro en que exhibirse, y observador discreto que le diese á conocer, comentando juiciosamente y esplanando las ideas que de su aparición surtiesen.

Mas para que su conocimiento sea más cabal, es bien se consignen los antecedentes patológicos simultáneos de la alteración, de la que acaso no fueron más que expresiones sintomáticas necesarias, pero que sin duda fueron la causa de la muerte que vino á poner de manifiesto lo que nadie habria presumido, y lo que hoy, por la vez primera, registrará en sus anales la anatomía patológica. Veamos los hechos clínicos.

I.

Con muy espresiva recomendación de mi respetable decano el Sr. D. Luis Martínez Leganés, secundando los deseos del Sr. D. Juan Fourquet, fué colocado en el núm. 5 de la sala de San Antonio del Hospital general, á primeros de setiembre de este año, en cuya época estaba á mi cargo esta enfermería, un dependiente antiguo de nuestro apreciable consocio el Sr. D. Patricio Salazar. Era hombre de más de 60 años, de buena talla, cara redonda, robusto al parecer, de aspecto

tranquilo, buenos modales, y en cuyo semblante tétrico se notaban las señales del sufrimiento y la resignación: la coloración amarillenta del rostro, su abotagamiento y livideces parciales, ostensiblemente manifestos en los labios, párpacos y nariz; la dilatación y contracción forzada de las entradas de este órgano y la agitación tumultuosa de la respiración, indicaban clarísimamente el camino para las investigaciones facultativas. Cual de una brújula, que entre opuestas ó encontradas corrientes señala el derrotero seguro, así me serví en esta ocasión de esos datos para proseguir el examen que pudo apreciar con perfecta distinción la decoloración de la piel y su tinte amarillo, el edema de las extremidades, su frialdad y rugosa aspereza, menos en el vientre y pecho distendidos, y doloroso el primero, con especialidad hacia el hipocóndrio izquierdo. Más que de líquidos eran de gases las impresiones percibidas por el tacto y oído, y producidas por la percusión en el abdomen al explorar esta cavidad cuyos órganos padecían de un modo indudable, que confirmaba el estado de estreñimiento habitual, la escasez de orina oscura y con tardías emisiones, la sensación de pesadez extraña y continua, la dispepsia, el inextinguible mal gusto de boca, la saburra de la lengua, el deseo de beber contrariado tristemente por la imposibilidad de tomar líquidos en cantidad de alguna importancia que no costase una amenaza de sofocación.

Sentado el enfermo en la cama, apreciábanse su anhelante fatiga, la propensión al síncope aun con los más pausados movimientos del tronco; en cuya circunstancia, repetidos golpes de tos seca y sibilante arrancaban unos esputos de moco claro y viscoso que procuraban una breve tregua en la amarga situación del enfermo.

Tranquilo en cierto modo el paciente y continuando el estudio de investigación, notábase la respiración precipitada y su ruido que el estetoscopio aclaraba y definía entre los de burbujas pequeñas, y á veces el de respiración pueril en ambos pulmones accesibles al aire en casi toda su extensión, que era por cierto limitada á una zona más reducida, y que estrechaba la del corazón, estendiéndose de un modo notable. La auscultación aquí puso en claro la mayor extensión de los latidos del corazón, su blandura semejante á una suave oscilación, el sonido á macizo de los puntos ocupados y un ruido de pulsación cardíaca poco desemejante del estado normal, ofreciéndose en cambio en este caso el fenómeno raro de presentarse la inminencia del síncope, con solo aplicar la mano ó la boquilla del estetoscopio sobre el apéndice xifoides, ó en la region ocupada por el ventrículo derecho del corazón. Un pulso débil, y la lentitud en el círculo significada por éxtasis venosos en diversos puntos del cuerpo, los vértigos, pesadez de cabeza, el insomnio, la pena, confusión de ideas, y la muy sombría y fija de un negro porvenir, completaban el cuadro que presentaba este infeliz, y que en duros y mal trazados toques he procurado trasladar al escrito, para cuyo valer echo tanto de menos las inspiraciones felices de Areteo, que tan inmortal como merecido renombre alcanzó de la posteridad.

Aunque condolido y apesarado de mi escaso saber, siéntome obligado á emitir mis observaciones, y dar cuenta del juicio diagnóstico que formase de lo que vi; y apartándome en esta ocasión de la forma didáctica, que acaso fuera la mejor para este trabajo, con la sinceridad de mi carácter y la confianza en la benevolencia de todos, manifiesto timidamente mi diagnóstico, aunque en la enfermería ni en los libros de visita no vacilase en indicar que se trataba de un infarto hepático, complicado con una lesión del corazón, con éxtasis sanguíneo y anasarca consecutivos. (¿Dilatación del ventrículo derecho del corazón?)

Este diagnóstico de tan grave padecimiento, ajustado en lo

posible á los preceptos de la ciencia, era el fundamento de un *pronóstico* fatal: el éxito no podía menos de ser desdichado, considerando la altura á que el mal había llegado y los desórdenes producidos por su causa en un anciano cuyas fuerzas de resistencia estaban agobiadas por la tenaz prolongacion de los padecimientos, que difícilmente contrarestaría con la terapéutica, por más eficaz que la supusiera.

Empero comprendiendo que la mision del médico en los males incurables es procurar el alivio consolador á los afligidos por ellos, haciendo hasta donde sea posible más llevadera su desgracia y menos acerbos los sufrimientos del enfermo, con todo de estar penetrado de la desventaja con que iba á emprender la lucha, dispuse el *plan de curacion* que la ciencia recomienda para casos análogos, tomando por punto principal de mis *indicaciones* el de remover los obstáculos á la circulacion cardiaca, facilitando su desahogo con los medios racionales, sin descuidar auxilio alguno higiénico, dietético ó farmacológico para que concurriese concertadamente al fin propuesto. Las emisiones sanguíneas locales y derivativas á lugares conferentes, las bebidas carbónicas, los suaves laxantes y algun antiespasmódico administrado con observacion. ... la alimentacion ténue, el reposo absoluto y una atenta vigilancia en tan delicado estado á los efectos determinados por la medicacion, fueron los remedios con que se ocurrió á esta situacion morbosa. ... y á la accion feliz que desplegaron se debió sin duda la prolongacion de la vida del enfermo.

II.

Aprovechándome de la tregua alcanzada con la administracion de los medicamentos y el procedimiento curativo desplegado, y con el propósito de robustecer la opinion formada, creí del caso buscar hasta donde fuese posible el origen del mal, indagando cuidadosamente las causas que le hubiesen determinado. Resulta de mis investigaciones, trabajosamente adquiridas por el deplorable estado del paciente, un informe conjunto de datos *etiológicos* que como en enmarañada trama era casi imposible hallar el lazo que descubriese la filiacion ó encadenamiento de unos con otros hechos á su aislada representacion en la enfermedad que observaba; pero, sin embargo, son algunos tan significativos y de tanta cuenta, que acaso encierran la razon de ser de la entidad morbosa que se examina. Hacía largo tiempo que el enfermo había tenido *cólicos*; desde entonces sus digestiones se verificaban mal y quedó afectado de *dispepsia*. Sufrió tambien *dolores* que creía fueran *reumáticos*, y más de tres años se contaban (segun el doliente) que sentía *fatiga* al andar deprisa ó subir escaleras, *ahogo* con pequeños esfuerzos, é *imposibilidad de acostarse en perfecta posicion horizontal*, siendo esta la molestia que, haciendo trabajosa su ancianidad, le obligó á refugiarse en el Hospital general, por más que no dejara de mortificarle mucho su *ocupacion de estómago* como él la apellidaba, el poco apetito y la tristeza que le consumía.

«Yo he padecido de todo, señor profesor, me decia: la causa la ignoro, porque hace muchos años que tuve los *cólicos*, y sus *consecuencias* no me impidieron cumplir mis quehaceres; pero insensiblemente empezó la *fatiga* con la que no puedo vivir.» Reflexionando entonces, llegué á persuadirme que, por más que no se supiese la fecha segura en que aconteció el *cólico* ni la indole de este, aunque ignorásemos la naturaleza y duracion de los *dolores* llamados *reumáticos*, ni tampoco poseyésemos un exácto conocimiento del *asma* que le atormentaba, ya teníamos sin embargo razon bastante que nos explicara la relacion con el padecimiento actual, que no está por cierto en gran desacuerdo con el conmemorativo histórico, siquiera no aclare puntos sombríos que jamás dejarán de encontrarse en

el estudio de este caso que, patológicamente considerado, podría rectificarse en la apreciacion clinica clasificándole de *aneurisma pasivo del corazon* como le entendió Corvissart, ampliando así el juicio diagnóstico con el conocimiento de la etiologia, si esta era en verdad.

Este exámen etiológico no estaba por fortuna en disonancia con la terapéutica empleada, y por tanto proseguí con empeño en el orden de medicamentos propuestos. Empero aunque fecunda y preciosa la accion medicinal, ya no resistia los embates del padecimiento: la calma procurada se desvaneció; la angustia creciente se tornó luego en asma cruel, en cuyos accesos tuvo momentos de verdaderaagonia, presentando el notable fenómeno de sobrevenir este acceso *siempre que se aplicase* (aunque fuera ligeramente) *la mano al epigastrio* ó á la region precordial.

En tal situacion, parecia que no podia esperarse mayor sufrimiento que las congojas de la muerte; y con todo, aun estaba reservada para este infeliz enfermo otra estacion de martirio antes de llegar al sacrificio. Súbitamente se siente con escalofrios generales, rigores, dolores contusivos en los miembros, náuseas, sed, dolor gravativo de cabeza, tension inusitada en el rostro, despeluznamientos y una inquietud y desasosiego particular que fué seguido de una reaccion febril violenta que, si amortiguó aquellos sufrimientos, en cambio presentó á las doce horas próximamente de la invasion *la erupcion de una erisipela facial perfectamente caracterizada*.

Reinaba á la sazón en forma epidémica esta enfermedad, como lo observaba en mis enfermerías y en la práctica civil, y tuve la pesadumbre de ver acometido de ella á este desafortunado sugeto. Corrió esta dolencia todas las fases de su evolucion, y alcanzando un desarrollo que no pudo contener por entonces un plan acomodado á las circunstancias del paciente y á las que exigía el génio de la enfermedad, llegó á determinar fenómenos cerebrales de tanta gravedad que, poniendo en inminente riesgo la vida, fué menester una enérgica medicacion, en la que los revulsivos principalmente desempeñaron un importante papel, respondiendo al merecido concepto que gozan en estos casos, toda vez que á ellos y á algun otro antiespasmódico (oportunamente preceptuados por el ilustrado Sr. Chicote y Gonzalez, médico en la actualidad de esta sala del Hospital) se debió en gran manera la fijacion y término de la erisipela.

Mas, ¿de qué sirvió este triunfo si la convalecencia no podia venir, exhaustas las fuerzas de un moribundo, pues tal era el sugeto?..... ¿A qué condujo ese esfuerzo supremo de la vida, cuando se agotaron los centros de produccion de ese principio que defiende de las causas de destruccion?..... Para nada; diré mejor, para más pronto concluir una existencia tan combatida por las enfermedades, y que si pudieron parecer menos violentas durante la agudeza de la erupcion intercurrente, con imponente y alarmante gravedad redoblan sus esfuerzos, dando aquellas ocasion á la infiltracion general, á la fatiga extrema, á las lipotimias frecuentes, las congestiones, más tarde á una diarrea serosa abundante y tenáz que fundió por decirlo así al paciente, sobreviniendo la postracion supina, el delirio bajo, los sudores frios, la asfixia y la muerte.

III.

Autopsia. Recojidos los datos anatómicos por el Sr. Fourquet, oígame lo que dice tan competente profesor: los hechos tan preciosos que suministra, por sí solos fueran acaso bastante para representarse de una manera indudable esta ectopia rarísima; mas la delicada escrupulosidad de tan concienzudo anatómico, nos dá una descripcion gráfica tan acabada y perfecta, que su estudio nos dejará tan satisfechos del mérito de

la exposicion anatómica del caso, como casi lo estaríamos del exámen del original que se conserva, y al que en la duda se puede consultar.

Elejido para disecar artérias un cadáver cuyo origen se ignoraba, y al dar principio la preparacion de clase, llamó en estos momentos la atencion del instruido y simpático jóven ayudante disector D. Adolfo Moreno y Pozo, una *ectopia anatómica rara*, cuya noticia cundió bien pronto entre profesores y alumnos de la Facultad de medicina de la Universidad Central, llegando hasta á mí. Enterado de lo ocurrido me encargué de examinar tan insólita alteracion, la que en efecto examiné, si bien ya mutilada é incompleta y cuya sucinta y gráfica descripcion paso á exponer.

Trátase de una *ectopia intra-pericardiaca de buena parte del omento mayor ó gastro-cólico*, trasposicion que más que rara y extraordinaria merece en mi opinion ser llamada *singularísima*, pues ignoro haya habido otra semejante.

El omento mayor, completamente invertido en su posicion, presentando como anterior su cara posterior, y superior su parte más declive, se elevaba desde el cólon transversal, tan inflado y alto que ocultaba tras de sí casi todo el cuerpo del estómago, recojiéndose de suerte que afectaba por delante la forma de una columna cónica, alta de seis centímetros por dos de ancho en su base, y doce milímetros en su vértice, que ascendia hasta la estremidad izquierda del hígado, escotándola y perforando despues el centro frénico emigraba á la cavidad torácica buscando un asilo en la del pericardio, dentro del que se desplegaba airosa en cantidad bastante para cubrir blandamente toda la parte anterior del corazon con sus bordes y punta que está debajo de las artérias pulmonal y aorta, y el principio abrazado de estos grandes vasos. Bien puede decirse que el tercio que debió ser inferior del epiploon gástrico-cólico, aquella su porcion que algun dia estuvo asomada á la escavacion pelviana, era ahora la que, reflejada y ascendida, se hallaba refugiada en lo interior del pericardio, en donde, aunque completamente libre de toda ligadura que la sujetara al centro circulatorio ó á su funda orgánica y de su semejanza con un delicado encaje cargado de menudos copos de grasa, debió ir comprimiendo poco á poco el corazon, dificultando y emperzando sus movimientos hasta sofocarlos por completo; y esto es tanto más de presumir, cuanto el trozo de omento escapado al tórax era suficiente para llenar el hueco reservado á la atmósfera vaporosa tan necesaria para el desembarazado y regular movimiento de tan noble entraña.

Hemos dicho que entre las serosas pericardiaca y omental no habia el menor enlace, y en efecto era así; pero al atravesar el diafragma, el pedículo del omento abarquillado, plegado y dejando sus vasos nutricios en su eje, se adheria al contorno del agujero frénico casi en todo su alrededor, pues solo se interrumpia por detrás un corto trecho, precisamente en el punto correspondiente á aquel otro en donde el abarquillado vértice del pedículo se dejaba ver algo entreabierto. Comprimido el pedículo en este sitio por el contorno del agujero frénico, presentaba un anillo periférico é interrumpido, algo condensado y como fibroso, mediante el que establecia su adherencia. Expuesta brevemente la anómala manera de estar del omento, ocupémonos, un rato, corto tambien, de la abertura por donde se escapara del vientre, tal vez solicitado y atraído con fatal empeño por los movimientos de sístole y diástole del corazon.

Era dicha abertura un agujero casi circular, de diez y seis milímetros en su diámetro trasversal, y de catorce en su antero posterior; de contorno completamente regular, liso é igual, provisto de entramado íntegro y hechura, al parecer, de un trabajo pausado, tranquilo y orgánico vital; agujero que perforaba la parte izquierda del lóbulo medio del centro frénico

y el saco pericardiaco en el sitio correspondiente á la cara posterior inferior del ventrículo derecho del corazon. Es necesario advertir que esta perforacion estaba practicada en el trayecto de un espacio muy lúcido, agudo, aovado, dirigido de delante atrás y á la izquierda, de cuatro y medio centímetros en esta direccion, ancho de tres milímetros en su parte anterior y de trece en su posterior, cuya lucidez era debida al notable adelgazamiento del centro frénico en este sitio, y tanto que casi amenazaba hendirse, lo que tal vez se hubiera verificado en totalidad si las fibras aponeuróticas trasversales, que por finas que fuesen, vigorizaban la delgada tela que tapaba dicho espacio y contenian sus bordes compuestos de las fibras que abandonando el centro se replegaron á sus costados; no siendo de estrañar en vista de estructura tan relajada que no habiendo podido resistir más la parte ancha de esta temida hendidura, las tiranteces opuestas, debidas á las contracciones diafragmáticas, se rompieron, como se rompió, dando lugar al agujero que franqueó paso al epiploon.—El espacio lúcido de que venimos hablando tenia su estremidad aguda apoyada en el contorno anterior del centro frénico en el punto intermedio á la recepcion de los manojos carnosos procedentes del apéndice xifoides y de sétimo cartilago costal izquierdo, y muy cerca de su estremidad posterior el agujero frénico de comunicacion entre las cavidades abdominal y torácica.

A más de estos particulares gráficos conviene apuntar que el hígado, de menor volumen que el regular, no presentaba alteracion alguna de textura apreciable á simple vista, y solo ofrecia de particular la profunda escotadura de su estremidad izquierda, destinada á recibir el pedículo omental á su paso por el pecho.

El estómago, tan estrechado en su parte pilórica que se asemejaba á un intestino delgado, estaba distendido y profundamente alterado en su fondo mayor.—En la estremidad inferior del riñon derecho habia varios quistes debidos al parecer á la fusion del parénquima de ciertas pirámides de Malpighio, conservándose su cascarron fibroso lleno de un liquido trasparente.

Despues de observar cuanto viene expuesto, prescindimos de cualesquiera otras alteraciones anatómicas que pudiesen existir en el cadáver de Juan Calotto, por varias circunstancias que paso en silencio.

«Tal es la gráfica y sucinta relacion de la muy notable y singularísima ectopia intra-pericardiaca del epiploon mayor que ha preocupado el ánimo de cuantos tuvieron noticia de ella, y cuya razon de ser juzgo difícil hallarla.»

Habiendo oido en este asunto al respetable D. Juan Fourquet, y teniendo en cuenta las consideraciones históricas que preceden, tócame decir, por último, que si la enfermedad de este infeliz diagnosticada de aneurisma pasivo del corazon, á primera vista parece no encierra un gran misterio patológico, cuando se medite con los datos anatómicos que ha suministrado la necropsia de este sugeto, seguramente que no podremos menos de exclamar..... *Plus quam vita loquax, mors taciturna docet.*

DR. FÉLIX GARCIA CABALLERO.

Madrid 12 de noviembre de 1863.

PRENSA MÉDICA.

ESTRANJERA.

Del estrabismo divergente en relacion con la miopia.

Asi como el estrabismo convergente está íntimamente ligado á la hipermetropia, del mismo modo el estrabismo di-

vergente está siempre acompañado de miopia, según se deduce de observaciones del Dr. DONNERS. Pero la relación recíproca no es la misma en los dos casos. En el último, aunque la alteración de la refracción no deje de influir, la causa reside sobre todo en la estructura del ojo, y principalmente en el crecimiento ó mejor en el alargamiento del globo ocular. La hipermetropía produce la arthenopia acomodatriz, que se combate de una manera activa por el estrabismo convergente, y la miopia conduce á la arthenopia muscular, que se puede vencer de una manera pasiva por el estrabismo divergente. El Dr. ARLT ha demostrado que la miopia depende en general de la expansión de las láminas del segmento posterior de la córnea, lo que produce la prolongación del eje visual. DONNERS admite la misma teoría, pero añade que las dimensiones mayores dificultan los movimientos del ojo, tanto adentro como afuera, y después el globo ocular, en este caso, se aproxima más al elipsoide, lo que opone mayor obstáculo á la movilidad. El movimiento hacia afuera, limitado de este modo, no tiene más inconveniente que el de hacer menos extensos los movimientos laterales en la vista binocular á distancia, á los cuales tiene que ayudarle el movimiento de la cabeza. Pero no sucede lo mismo con la falta del movimiento hacia adentro, cuyas consecuencias son peores, y que ocasiona el estrabismo divergente. DONNERS dice que esta insuficiencia del movimiento existe sin excepción en el mayor grado de la miopia. Aparte de la expansión y el cambio en la forma de la pupila, es preciso observar que los ejes visuales, debiendo cruzarse á una distancia de dos segundos, los ejes de la córnea, atendida la pequeñez del ángulo, deben converger más que si los ojos fuesen enmetrópicos. Es preciso, pues, que el movimiento hacia adentro esté limitado, si no de una manera absoluta, al menos relativa. En muchos casos, cuando el trabajo prolongado necesita una convergencia sostenida, la insuficiencia ocasiona el cansancio. DONNERS cita casos en que los enfermos vieron al principio, con los dos ojos, por una convergencia forzada; y después, desviado uno de los ojos, el trabajo fué menos fatigoso. Cuando el cansancio produce esta desviación, hay estrabismo convergente relativo. Ahora bien, con un examen más minucioso se reconoce que este está íntimamente ligado á un grado avanzado de miopia. El estrabismo divergente absoluto se conoce por la divergencia de los actos visuales á lo lejos, mientras que á la vista próxima esta misma divergencia queda invariable ó disminuye considerablemente, en la inteligencia de que hay que excluir la vista binocular. Además, el estrabismo divergente absoluto es más raro que el convergente. Aunque en las dos terceras partes de casos de estrabismo divergente absoluto se encuentra la miopia, no se puede mirar esta como causa en la misma proporción que lo es para la hipermetropía, considerada en sus relaciones con el estrabismo convergente. Pero si se le une el estrabismo divergente relativo, entonces existe aquella, si no más frecuentemente, al menos tantas veces como en el convergente; porque se la encuentra lo menos 90 veces entre 100 en el estrabismo divergente relativo. Se ha observado también que el estrabismo convergente se desarrolla en la infancia y el divergente en edad más avanzada, lo cual coincide perfectamente con la progresión de la miopia. Además, el estrabismo divergente absoluto procede la mayor parte de veces del relativo.

Aquí se presenta naturalmente la cuestión de saber de qué manera se verifica esto. DONNERS la resuelve del modo siguiente:

El estrabismo divergente relativo hace ver en la proximidad diversas imágenes retinianas, y esto dá lugar á que el individuo se canse pronto de hacer esfuerzos para ver con los dos ojos, favoreciéndose poco á poco con la acción de los músculos. Hay, pues, que considerar aquí dos agentes, la visión de imágenes dobles y la debilitación en la fuerza muscular. Por lo demás, esto no puede parecer extraño, mucho menos cuando la fuerza muscular no es suficiente para permitir ver á lo lejos, y contando con que la miopia en este caso necesita mayor divergencia. Sin embargo, si todo estrabismo divergente relativo no se cambia en absoluto, esto consiste por una parte en la persistencia de la vista binocular, y por otra en la poca movilidad del ojo hacia afuera, que es algunas veces tan pronunciada como la poca movilidad hacia dentro.

(Presse médicale belge.)

Acción del haschich en el organismo humano; por el Sr. S. de Luca.

Bajo el nombre de haschich se conoce una preparación hecha con una especie de cáñamo que se llama *Cannabis in-*

dica. Aunque no sean conocidos todos los detalles de esta preparación, se sabe, sin embargo, que se confecciona bajo dos formas distintas, á saber: un extracto en forma de cilindros delgados más ó menos largos, y tabletas de poco espesor que contienen azúcar, el cual les dá un gusto agradable. Con el extracto se hace una tintura alcohólica, pastillas azucaradas y otras muchas preparaciones, en las que entran materias grasas y sustancias aromáticas. Algunas veces se fuma el haschich con tabaco y muchas veces se le mezcla con el café, el té y otras bebidas. Lo más notable que tiene el haschich es una acción particular sobre la economía del hombre que le es propia y que no puede confundirse con la de las sustancias alcohólicas, del opio y de los narcóticos. Deseoso de experimentarla en mí mismo, aproveché una ocasión favorable en que un amigo trajo de Oriente cierta cantidad en forma de extracto y pasta azucarada. Tomé dos ó tres gramos de esta pasta, pero con gran indiferencia y dudando siempre de los efectos maravillosos que debía producir.

Poco después de tomarla me dirigí al laboratorio de química del Colegio de Francia, donde me puse á trabajar como de costumbre. Después de un cuarto de hora, sentí un movimiento particular en las partes extremas del cuerpo, movimiento que se propagaba del exterior al interior; parecía como si entrase alguna cosa por la extremidad de los dedos y se dirigiese progresivamente y sin interrupción hacia el cerebro, sin producir, no obstante, el menor trastorno en las facultades intelectuales ó el más pequeño dolor. No sabría caracterizar esta sensación sino comparándola á la que producen las ortigas en la piel ó las hormigas que pasearan por el cuerpo en gran número, ó la que se experimenta frotando muy ligera y superficialmente la planta del pie á otra parte delicada del cuerpo.

En este primer período de la acción del haschich sentía el estado normal en que me encontraba y estaba contento; sin embargo, deseaba continuar los trabajos que había empezado el día anterior, pero no podía hacerlo porque las manos, por una acción nerviosa particular, no se prestaban á ejecutar las operaciones delicadas que requieren reposo ó movimientos precisos. Decidí volver á mi casa, y apenas abrí la puerta que dá á la gran galería del Colegio de Francia, vi separarse de mí las cosas y las personas, cuya voz me parecía tan débil como si viniese de larga distancia; me creía desprendido del suelo como si marchara por el aire; me parecía que aumentaban las distancias; creía no poder llegar nunca á mi casa: llego por fin, quiero leer dos cartas, pero el movimiento nervioso me lo impidió, y á pesar de todas las tentativas no pude abrirlas.

Las ideas se agolpaban á mi mente y eran claras, el movimiento nervioso era más sensible, experimentaba una sensación agradable. Me desnudé y me acosté y apenas entré en la cama me pareció que las cubiertas estaban á cierta distancia de mi cuerpo en señal de respeto, y que yo sin el menor contacto con ellas, me encontraba en una atmósfera particular de contento y de placer. Veía en este momento, con gran satisfacción, todos los hechos que constituyen mi vida pasada; pero las ideas pasaban tan rápidamente que me era imposible poder fijarme en ellas. En estos instantes me decía: «Si este estado pudiera ser continuo se comprenderían algunos ensueños de los poetas; todos estaríamos contentos, nada tendríamos que desear y podríamos contemplar con alegría los hechos que nos son propios.»

Esta acción duró cerca de cuatro horas, y hacia el fin las ideas se sucedían con menos rapidez, las distancias disminuían, las cubiertas de la cama se aproximaban respetuosamente, el movimiento nervioso desaparecía; en fin, todo volvió al estado natural, y entonces lo único que observé fué que mis labios no estaban tan húmedos como de costumbre.

La acción del haschich varía según el temperamento y la sensibilidad de los individuos; las mujeres y los niños son muy sensibles á esta acción; el hombre y los adultos le sienten menos. Sin embargo, todos están conformes en atribuir á las personas que están bajo la influencia del haschich la facultad de ver los objetos más distantes que lo están, sentir la voz débil y como procedente de lejos, de creerse distantes del suelo, de despreciar las cosas que les rodean, de complacerse en sus propios hechos, de recordar las cosas olvidadas, tener las ideas claras, tomar una actitud de dignidad y superioridad, y de experimentar un contento particular.

(Repertoire de Pharmacie.)

De la extirpación de la lengua por la cauterización en flechas; por el Sr. Maisonneuve.

La extirpación total ó casi total de la lengua, ha sido siempre considerada por los cirujanos como una de las opera-

ciones más graves y más difíciles. La posición profunda del órgano, que dificulta la maniobra operatoria y la proximidad inmediata de las vías digestivas y respiratorias, dan una gravedad especial á los accidentes más sencillos, siendo causa de sofocación.

En fin, la gran vascularidad del órgano, superior muchas veces al poder de los mejores hemostáticos, deja al cirujano en la inquietud y temor de hemorragias terribles.

Por esto, en el corto número de operaciones que la ciencia nos detalla, los cirujanos han creído deber tomar precauciones extremas y anteponer á la operación principal otras accesorias, tales como la división vertical del labio inferior y la sección del maxilar inferior, la estirpación parcial de esta mismo hueso, la incisión trasversal de las partes blandas de la región suprahioidea, su incisión vertical, la ligadura preliminar de las arterias linguales, la ligadura de la carótida externa, etc. Todas estas operaciones preliminares, muchas veces peligrosas, no eran una garantía contra los accidentes especiales de la operación.

La ligadura estemporánea parecía prometer mejores resultados, pero la experiencia ha demostrado que este método, tan precioso por tantos títulos, no presentaba una seguridad suficiente contra la hemorragia.

Tal era el estado de las cosas cuando tuve la idea de aplicar á esta grave operación el método nuevo de la cauterización en flechas, de la cual había obtenido y obtengo diariamente tan maravillosos resultados en la estirpación de los tumores. Este método reúne en el mayor grado el poder hemostático, con la ventaja de no exigir ninguna operación preliminar, y sobre todo de ser más simple en su ejecución que ninguna otra.

Un temor nos detenía en la aplicación de este método á los tumores de la lengua, y era si podían penetrar en las vías digestivas porciones de sustancias cáusticas y determinar accidentes de envenenamiento: la experiencia no ha tardado en disipar estas aprensiones, y hemos adquirido la certidumbre que de todos los métodos operatorios aplicados á la destrucción de los tumores de la lengua, la cauterización en flechas es la más inocente, al mismo tiempo que la más simple en sus consecuencias y la más fácil en su ejecución.

(*Revue de Ther. méd. chir.*)

Digitalina; su acción fisiológica; su influencia en la cantidad y composición de la orina; por el doctor Stadion.

Se conoce la utilidad de la digitalina en el tratamiento de las afecciones de los pulmones ó del corazón cuando se quiere producir cierta detención en la circulación; pero las opiniones no están todavía muy conformes respecto de la influencia que puede ejercer en la secreción urinaria. El autor ha hecho observaciones numerosas y experimentos en sí mismo, cuyo resultado es el siguiente:

1.º La digitalina produce en el organismo una *disminución* en la cantidad del líquido segregado por los riñones.

2.º Ocasiona una *disminución* en las principales partes constituyentes de la orina como la urea, el cloruro sódico, los fosfatos y los sulfatos.

3.º Solo se aumenta el ácido úrico; pero queda el mismo grado de acidez en la orina.

4.º Se disminuye el peso específico de la orina.

5.º La digitalina aumenta primeramente la frecuencia del pulso, después produce una disminución en el número de las contracciones del corazón.

6.º El adelgazamiento rápido y la detención de la nutrición que suceden al uso de la digitalina, son dos hechos importantes que nos ilustran sobre la acción y modo de administración de este medicamento.

7.º La digitalina obra como la digital, sobre los sistemas circulatorio, nervioso y muscular, lo mismo que sobre el aparato de la generación.

8.º Ejerce una acción enérgica sobre este último aparato deprimiéndole, y puede aniquilar momentáneamente toda la actividad de los órganos sexuales: merece, pues, ocupar el primer lugar entre los antiafrodisiacos.

9.º Su acción sobre el tubo intestinal y los órganos digestivos es menor que la de la digital.

10.º Una afección particular de la mucosa nasal, que se declara bajo la forma de un fuerte coriza, parece constituir un síntoma característico del uso de la digitalina.

11.º La fuerza de acción de la digitalina comparada á la de la planta parece estar en la relación de 30:1.

12.º La dosis del medicamento no debe ser ordinariamente más de un quinto de grano por día. En la mayor parte de

casos, sobre todo en las enfermedades crónicas, basta de una vigésima á una sexta parte de grano por día para obtener efectos sensibles.

(*Gazette Médicale de Paris.*)

Anestesia suplementaria.

Un descubrimiento importante y que, si se confirma, tendrá los mejores resultados en la práctica quirúrgica, acaba de hacerse en Alemania: se trata de entretener, de prolongar la anestesia clorofórmica sin cloroformo, es decir, sin el peligro que le es inherente. El profesor NUSBAUM ha obtenido este efecto en un enfermo que operaba de un carcinoma de la región subclavicular, inyectando, cuando todavía estaba bajo la influencia del cloroformo, una disolución de cinco centigramos de acetato de morfina por el método subcutáneo. El enfermo no se despertó y continuó durmiendo doce horas con una respiración tranquila. Soportó durante este tiempo, sin la menor reacción ni señal de sensibilidad, punturas de alfileres, incisiones y aun el cauterio actual. Animado por este resultado sorprendente, el Sr. NUSBAUM repitió las mismas tentativas con igual éxito en otros tres operados. En un enfermo que sufrió una resección del maxilar superior, duró el sueño ocho horas, mientras que las inyecciones subcutáneas, hechas fuera del estado de cloroformización, nada absolutamente hicieron.

(*Union médicale*)

Por la *Prensa médica*, F. DE CORTEJARENA.

LITERATURA MÉDICA.

DEBERES DEL MÉDICO.

Queremos salir del compromiso contraído en el anterior número, dando una idea del discurso leído en la Universidad central por el licenciado D. Eduardo Lastres y Juiz al recibir el 21 de febrero último la investidura de doctor en nuestra facultad.

Dirán algunos, al pasar la vista por el presente artículo: ¿Cómo es que EL SIGLO MÉDICO da mayor importancia á este que á otros discursos análogos, haciendo de él un examen crítico tal cual detenido? ¿Se deberá tal vez á la circunstancia de haber apadrinado al nuevo doctor uno de sus directores?

La sinceridad ante todo: no creemos conveniente ocuparnos de los discursos que se leen para el doctorado, fuera de aquellos casos en que son notables bajo alguno de estos dos conceptos: por lo *buenos* ó por lo *malos*, y no con relación á la forma sino en lo *esencial*.

Llevamos en nuestras tareas un pensamiento fijo, así en lo que á la ciencia se refiere exclusivamente, como en lo que hace relación á su influjo en la sociedad; y aplaudimos ó censuramos cuando lo tenemos por conveniente, empleando siempre nuestro criterio propio.

¡Esto es natural y muy provechoso!

Tenemos arraigadas convicciones científicas y sociales; aspiramos á hacer prevalecer nuestras doctrinas, y recibimos con los brazos abiertos á los jóvenes de porvenir en cuyos espíritus brotan espontáneamente ideas más ó menos análogas á las que nos son propias...

¡Es lo mismo que sucede á todos!

Versa el discurso del Sr. Lastres, aunque sencillo notable por la excelencia de sus doctrinas, sobre los deberes del médico respecto á la sociedad; punto que ciertamente merece muy especial atención y que pudiera dar motivo á un largo escrito. Pero tenía nuestro ilustrado compañero que tratarle con la brevedad que el acto requiere, y por esta causa se redujo á unos cuantos rasgos, que si no bastan para agotar el asunto, alcanzan muy cumplidamente á revelar la bondad de los principios, y á infundir la esperanza de que siga cooperando de una manera activa para sacarlos triunfantes.

Pero no juzgue el lector al Sr. Lastres por lo que nosotros digamos: júzguele por lo que él ha dicho.

Después de un buen exordio se espresa en estos términos:

«Si alguna profesion hay que imponga á los que la ejercen la obligacion de una moral severa, es sin contradiccion la del médico, árbitro, si puede decirse así, de la vida del hombre, que en sus enfermedades le confia el cuidado del restablecimiento de su salud: por el menor descuido en la observacion de la marcha del mal, y aun por una simple preocupacion teórica, puede comprometer la más preciosa existencia. Esta grave responsabilidad que el médico toma sobre si en el peligroso sacerdocio de que está revestido, no se limita solamente á algunas circunstancias de su vida, sino que es de todos los dias y de todos los instantes. A su vista siempre el cuadro de los dolores humanos, preciso es que encuentre en su conciencia el móvil de una actividad y caridad que jamás se amortigüen. La constante observacion del sufrimiento, el conocimiento mismo de la impotencia de su arte en los casos en que la vida está herida de una manera irremediable, no deben entibiar el ardor de su interés.

No está llamado solamente el médico á prestar los socorros de su ciencia á los ricos y felices del mundo, rodeado de todas las comodidades de la vida, y entre los cuales el uso de los más esquisitos cuidados atenúan la fealdad del mal. En las clases pobres de la sociedad, es donde las enfermedades escogen sus víctimas, y allí es donde en el cuerpo, como en un suelo fecundo, germinan todas las dolencias. Allí, sobre un jergon infecto, maltratado por todos los accidentes de la enfermedad, yace un infeliz devorado por el fuego de la fiebre ó luchando en sombría desesperacion contra una afeccion orgánica, que lentamente agota las fuentes de la vida. Allí es donde la enfermedad se ostenta en toda su desnudez: frente de este cuadro en que la miseria y el dolor se multiplican con tan desdichada fecundidad, es donde el médico debe reanimar sus fuerzas para que no desfallezca en su alma la piedad, aun cuando esté convencido de su impotencia para remediar tan inmensa desgracia.»

Pinta luego los deberes del médico en medio de las epidemias asoladoras, siempre escitándole á la abnegacion y á la caridad; recomienda el cumplimiento del deber y que obre como dicta la conciencia, y exclama á este propósito:

«El hombre que solo tiene que dar cuenta á Dios de sus determinaciones y de sus actos, á propósito de un objeto tan precioso como es la vida, debe tener siempre presente el pensamiento de Dios; y una filosofía en la que no circula la sávia de este pensamiento fecundo, sería impotente para dirigir al médico por entre los escollos numerosos que ha de encontrar en el ejercicio de su profesion. La medicina, cual si fuera una religion, nos eleva hasta la divinidad, por la simpatía que en nosotros despierta el aspecto del dolor; pero como ciencia de tan alto origen, no completa su obra sino á condicion de pedir á la caridad su amor y su abnegacion. El médico á quien coloca su conciencia bajo la luz de esta filosofía elevada, podrá errar, pero sus errores no serán imputables sino á la imperfeccion de la ciencia, y comprendiendo la dignidad humana y el espíritu profundo de la existencia, se consagrará absolutamente al estudio de una ciencia que puede ejercer tan decisiva influencia en el destino individual de los hombres; prudente, circunspecto, no se le verá aceptar con ligereza esas teorías aventuradas que á veces estravian la imaginacion, y en los casos en que una prudente esperiencia le nieguen una luz clara, se mantendrá en la línea de una sábia espectacion. Esto dijo el sábio de Cós, el venerable y casi divino Hipócrates; esto debe ser y deberá serlo siempre. Cualquiera que sea la clase de la sociedad á que pertenezca, el hombre que padece será un hermano por el doble lazo del dolor y de la esperanza; y reconociendo en él bajo los más asquerosos harapos el carácter indeleble de su celeste origen, le prodigará con tierna solicitud los cuidados más afectuosos. Si la práctica de su arte le coloca en uno de esos casos arriesgados en que un solo medio puede salvar al enfermo, pero que al mismo tiempo puede perder al médico, sabrá para cumplir este peligroso deber exponer su reputacion y sacrificar tal vez su porvenir. Bueno y afectuoso para todos, no hará de la facilidad de su lenguaje un medio de lucro y de especulacion. Sabrá que el sufrimiento espiritualiza al hombre, y da momentáneamente á las naturalezas más toscas, una delicadeza de sensibilidad que la rudeza de las maneras hiere profundamente. A la cabeza del miserable lecho del pobre como á la del más rico, derramará la misma dulzura, la misma amabilidad, y de este modo, al propio tiempo que cumple con un imprescindible deber, asegurará la aficion de los

medios curativos que haya prescrito la ciencia. En cualquiera situacion que le coloquen las exigencias de su profesion, el médico tiene deberes imperiosos que llenar con respecto á la humanidad y solo una conciencia cristianamente educada, digámoslo así, puede darle la luz que necesita para dirigirse con seguridad.»

¡Esclente párrafo de deontologia médica, en que dá á conocer su prudencia esquisita el jóven doctor cubano! La humana soberbia inclina generalmente á la juventud hácia las teorías nuevas, atrevidas, singulares, que rompen con la tradicion y desprecian sarcásticamente los conocimientos acumulados en la duracion de los siglos; pero jóvenes hay, como el Sr. Lastres y otros, tan circunspectos y reflexivos que se ponen desde luego en la vía más desembarazada y más segura para llegar á la escasa verdad que puede el hombre descubrir después de lentas y penosas investigaciones.

Escusemos cuanto sea posible los comentarios, y veamos cómo sigue acreditando que el buen uso de la razon se concilia perfectamente, y aun toma por sólido fundamento, las creencias religiosas:

«Y decimos esto, porque la conciencia, abandonada á sus solas inspiraciones, puede tropezar en las oscuras vías por donde debe encaminarnos: es accesible á todas las pasiones y tiene sus delirios como toda fuerza que no está unida á una cosa fija é inmóvil. Es preciso, pues, subir más alto aún, para hallar una vía segura; es preciso subir hasta el Cristianismo, que tiene doctrinas infalibles para todas las situaciones de la vida; hasta el Cristianismo, que reasumiendo todo su espíritu en la sola palabra *Caridad*, se enlaza maravillosamente con una ciencia, cuyo objeto esencial es el alivio de los padecimientos humanos. Los hombres que han legado los más gloriosos nombres á la historia de la medicina, el virtuoso Zimmermann, Sydenham, el sábio Hipócrates inglés, el gran Hoffman, Boerhaave, Morgagni, Dupuytren, Richerand y otros muchos, habian comprendido que solo en la religion divina del Crucificado debía el médico buscar la luz y el impulso de que necesita para mantenerse siempre al nivel de su mision difícil. «Que Dios es tan necesario á la ciencia de la naturaleza como á la naturaleza misma,» dijo el célebre Hollard; y así deben entenderlo los que comprendan la estension de los deberes que nos impone nuestro ministerio, y para llenarlos, hay que pedir al Cristianismo el secreto de su caridad y de su amor.»

Manifestó en seguida los deberes que al médico impone la medicina legal y cómo debe cumplirlos; advirtiéndole que el médico legista es necesario que tenga un alma bastante elevada para que al interés vivo é inmediato del individuo no eclipse en su conciencia al interés abstracto, norma de la sociedad, que es la justicia. Con esto queda señalado uno de los más formidables escollos en que suelen tropezar los que desempeñan el deber peligroso de médicos forenses.

No podía ocultarse al buen juicio del Sr. Lastres la alta importancia de la medicina pública, ni era de esperar que desaprovechára ocasion tan buena para advertir que la medicina no se reduce al estrecho círculo de la patologia y la terapéutica. Profundamente convencidos de que no alcanzará en España nuestra profesion la importancia y la pública consideracion que merece mientras no se la cultive en la estension inmensa que permite su dilatada esfera, celebramos que haya quien siga nuestras propias opiniones.

Así se explica sobre este punto el Sr. Lastres:

«Suponer esto (que la medicina se circunscriba á la patologia y la terapéutica) sería desheredar á la sociedad de una multitud de útiles lecciones que no puede recibir de otra parte, es desamparar un medio poderoso de perfeccionamiento social. La educacion física de los niños es uno de los puntos principales en que el médico debería fijar su atencion; si fuese este lugar de desenvolver el cuadro de las enfermedades que pesan sobre la primera edad de la vida, y que en su mayor parte se deben atribuir á la incuria de los padres ó á preocupaciones arraigadas, se comprenderia la cifra espantosa con que esta edad concurre al número de la mortalidad general. Por esto el médico debe entrar en la obra, siempre

propuesta pero nunca comenzada, del perfeccionamiento fisiológico del hombre, obra que le impone la ciencia como un deber sagrado. Marchando por esta senda, no solamente salvará la vida á una multitud de niños que diezma diariamente la muerte, sino que también disminuirá el número de esos seres débiles, raquíticos, cuya vida no es más que la prolongada convalecencia de una infancia enferma, y que viene á ser forzosamente al fin una carga para la sociedad.»

Quisiéramos no omitir otros varios párrafos recomendables y dignos de elogio del discurso que nos ocupa; mas en la imposibilidad de trasladarle casi íntegro, vamos á copiar solamente algunos de los más notables:

«Aunque parezca una exageración, aunque se crea que es elogiarse demasiado, el médico, que como nosotros hace gala de profundamente religioso, tiene un sublime modelo que imitar, el héroe del Evangelio: el médico que no siente en su alma la generosidad, la abnegación, el amor al prójimo, y el desprecio á todo lo pequeño, no es, no puede ser médico: debe hacer el bien por el bien mismo, porque en muchos casos ni tiene derecho á exigir siquiera gratitud.

«Descreídos se oyen que haciendo alarde de despreciar á los médicos y la medicina, culpando á los unos de ignorantes y de incierta á la otra, son los primeros que, víctimas de una de esas enfermedades que atacan su vida, cuando las fuerzas se debilitan, cuando el presentimiento de la muerte hace sufrir al alma una ansiedad hasta entonces desconocida; en este caso el escepticismo desaparece; el hombre que por el invencible impulso del instinto quiere vivir, tiene necesidad de creer en una fuerza que lo ayude, que lo legitime á los ojos de la razón, y el enfermo huye de la idea de la destrucción echándose en los brazos del médico que constituye toda su esperanza: demasiado numerosas son las enfermedades en que la ciencia es impotente, y en las que la esperanza, muchas veces frustrada, concluye por apagarse, pero no hay una sola en que el instinto de la vida no se haya, durante algún tiempo al menos, alimentado con este sentimiento; en que el hombre de mayor firmeza, no se entregue á la ciencia del médico con la infantil confianza del niño. Hé aquí una de las muchas circunstancias en que se vé el médico desempeñando el doble papel de sacerdote y hombre de la ciencia, y aquel mismo que há poco le insultaba, recibe de él los mayores beneficios, quizás al mismo tiempo lloran los dos, el uno de dolor y el otro de sentimiento. Cuanto más limitados sean los medios que el arte puede oponer á la enfermedad, tanto más el médico que reuna á la ciencia positiva la elevación de sentimientos, se conmoverá con la confianza que los enfermos le manifiestan en medio de los peligros que amenazan un bien tan precioso como es la vida. Compasión merece el médico que penetrado de las dificultades del arte, no viese en la expresión, exaltada á veces, de la confianza de los enfermos dominados por una afección que pone en grave riesgo su vida, más que una manifestación del egoísmo, un síntoma del horror instintivo de la muerte; un alma generosa no somete este grito del corazón al frío análisis de la razón, solo debe ver en el que sufre un llamamiento de la simpatía y de la caridad.

«El médico no debe contar siempre, como ya lo hemos apuntado, con la gratitud de los hombres para que le ayuden á vencer las dificultades, las fatigas sin número de su misión; esto sería alimentar la más quimérica de las ilusiones.....

«Los médicos deben ser demasiado positivos, pero no al estilo del siglo XIX: conocen demasiado las prosaicas condiciones de la vida para que su alma tan solo preocupada del fin sagrado del arte se cierre á todo cálculo mezquino é interesado; pero al mismo tiempo que la moral y la dignidad profesional les exigen imperiosamente que coloquen su interés privado en segundo término, la severidad farisaica de la sociedad se encarga de recordarles á cada momento el sentimiento de sus deberes. Si la sociedad no tiene derecho para jactarse de semejante acto de justicia, el médico lo tiene de enorgullecerse con él, porque en el mero hecho de serlo debe dar á su conducta un carácter de abnegación. No, el Dios que inspira al médico en medio de sus rudas tareas no es un Dios sordo, que vende su ciencia por dinero contante y que enmudece ante el sufrimiento del pobre. Podemos decirlo con orgullo: si en el seno de esta sociedad, cuyo principal móvil es el egoísmo, hay todavía algunos hombres que se sacrifican por el interés común, los buenos médicos deben ser contados en este número; seguidles, y los vereis á todos hacer limosna de sus conocimientos y su tiempo á los desgraciados que gimen bajo el peso de la enfermedad y pueden al terminar el

dia gozar de la dulce satisfacción de haber hecho bien á la humanidad....

«Ninguna ciencia tiene el poder de transformar á los hombres, y lejos de pretender que la medicina siembre todas las virtudes en el alma de los que se dedican á su estudio y á su práctica, creemos, por el contrario, que más que ninguna otra inicia en el mal á los imprudentes que no están preparados con una severa moral; pero esto no impide reconocer que los cuidados que prodigan á los desgraciados que aflige el dolor, que la continua meditación sobre las enfermedades humanas, que la injusticia de la sociedad con que á menudo recompensa un trabajo tan penoso, constituyen para el médico una verdadera educación moral, una vida de prueba que temple su alma y la habitúa á la virtud del sacrificio. Compadecer al hombre que sufre; identificarse con él por medio de un afecto generoso para llegar á descubrir la causa de la enfermedad, aplicándole en seguida lo que debe combatirla, ¿no es aprender á amar y á consolar? ¿no es alimentar en su corazón los sentimientos que conducen á la caridad evangélica? Parece que podemos asegurarlo. La práctica de una ciencia que necesariamente hace cada día un llamamiento á todos estos sentimientos, ennoblece, purifica los corazones menos generosos y les dá esa altiva independencia que les hace superior á los demás.

«Huffeland, este anciano y virtuoso médico, y con la experiencia que sus respetables canas le habían hecho adquirir, nos ha enseñado, y muy particularmente á nosotros jóvenes profesores, la conducta que debemos seguir en nuestra difícil misión. «Ennoblecen su alma, sacrificar su personalidad á los intereses generales, sembrar el bien en su derredor, es el fin de la existencia del médico.» ¿Hay acaso nada más á propósito para realizarlo, que una profesión que le ofrece á cada instante, ó más bien, le impone la obligación de aspirar á él, y á la que es imposible dedicarse, cuando no se sabe hacer el sacrificio de su egoísmo, renunciando á todas las ilusiones mundanas? Los deberes del verdadero médico están siempre en armonía con sus propios principios, con sus íntimas convicciones, de donde nacen hasta cierto punto espontáneamente.»

Hace ver, que el médico que considera su profesión como un sacerdocio, no puede negar los cuidados de su arte á quien los reclame; y que debe acudir con el propio interés en auxilio del pobre y del rico, atendiendo solamente á la gravedad y la urgencia del padecimiento, por cuanto para él no hay más que hombres que sufren; advierte que es un deber el de escuchar bondadosamente al enfermo, porque esta atención dulcifica en gran manera sus dolores; encarece la conveniencia de suplir en las afecciones crónicas la inutilidad de la ciencia con los recursos de una caridad ingeniosa; nota la importancia del sigilo médico, refiriendo á este propósito las palabras del Juramento de Hipócrates, y después de otras varias é importantes consideraciones termina diciendo, que donde quiera llame su arte al médico, ejerce este un apostolado moral, cuya acción lenta, pero continua, debe producir una poderosa influencia en la sociedad.

Así es, en efecto, y siempre ha sido la opinión del que estas líneas escribe, que para mantener á los pueblos en un alto grado de moralidad, y arraigar en ellos una dulce y extensa cultura, una verdadera fraternidad, bastaría que hubiese en cada uno de corto vecindario, tres solas personas que conocieran bien su ministerio y le llenaran dignamente: un sacerdote, un médico y un maestro de instrucción primaria. Esas tres solas clases, inspiradas por un mismo sentimiento y esforzándose en el propio sentido, bastarían para labrar la felicidad pública.

Está cumplido el objeto que nos propusimos. Reciba el Sr. Lastres nuestra cordial enhorabuena, y no se aparte de la senda en que acaba de sentar la planta, por más que le conmuevan los huracanes y aun cuando sienta trepidar el suelo que le sostiene.

M. A.

PARTE OFICIAL.

SANIDAD MILITAR.

REALES ÓRDENES.

29 enero. Aprobando el regreso á la Península concedido por el capitán general de la isla de Santo Domingo al primer médico D. Juan Munarriz y Mayxé.

Id. id. Concediendo á D. José Rodríguez y Puerto, primer ayudante farmacéutico de la isla de Cuba, para sus derechos pasivos el abono del tiempo que con real nombramiento sirvió en la Península como practicante de farmacia de los hospitales de campaña, desde 12 de mayo de 1836 á 8 de julio de 1842.

Id. id. Aprobando la admision en los actos de oposicion para ingresar en el Cuerpo á D. Ignacio Perelló y Pamies.

30 id. Aprobando el nombramiento de médico interino del cuadro del batallón provincial de Segorbe, hecho á favor de D. José Pedro Gil, con el haber mensual de 300 rs.

31 id. Traslado la real orden de 13 del mismo, expedida por el Ministerio de Estado, por la que se nombran comendadores ordinarios de Isabel la Católica al subinspector médico de primera clase D. José Rodríguez Manzanares; al primer médico D. Francisco Caballero y Reina, y al primer ayudante médico D. Nicasio Landa y Alvarez.

Id. id. Autorizando la permanencia en la Península por dos meses á D. Jaime Nevot y Blanquer, con objeto de restablecer su salud, y nombrando para que le reemplace en el primer batallón provisional de la isla de Cuba á D. Jacinto Retamar y Salas.

12 febrero. Traslado al hospital militar del Peñón á D. Carlos de Torrecilla y Albide.

16 id. Id. al segundo batallón del regimiento infantería de San Fernando á D. José Caylá y Pedrol.

Id. id. Id. al segundo batallón del regimiento infantería de Cuenca á D. Federico Queraltó y Juliá.

Id. id. Id. al batallón cazadores de Arapiles á D. Ezequiel Martín y de Pedro.

Id. id. Concediendo el retiro para la isla de Cuba al primer médico del hospital militar de Ceuta D. José Nicolás Pinelo y de Rojas, con los 75 centésimos del sueldo de médico mayor, como asimilado á la clase de primeros comandantes.

—Por real orden de 27 de enero se ha mandado que en el parque de Sanidad militar se dispongan cuatro juegos de material sanitario de batallón, con destino á los provisionales de la isla de Cuba que se han creado nuevamente. Cada uno de dichos juegos se compone de un botiquín, una mochila-botiquín, una bolsa de socorro, una camilla-litera, una cubeta y un baste con cubierta y arreos de carga. Todo este material, completo y empacado convenientemente, quedó entregado el 29 del mismo á la Administración militar para el transporte á su destino, habiéndole recibido los cuerpos oportunamente antes de verificar su embarque.

—En recompensa de sus servicios con motivo de la guerra en la isla de Santo Domingo, han sido agraciados con la cruz de comendador de Carlos III D. Severo Fernandez y Mora; con la de caballeros de la misma orden D. Juan Munarriz, D. Tomás Casas y D. Ramon Ayala; con las de Isabel la Católica D. Antonio Urquijo, D. Luis Rotelini, D. José Guisasola, D. Victor Izquierdo y D. José Crespo, obteniendo además este último mencion honorífica, y con el grado de médicos mayores D. Eduardo Carreras y el mencionado D. Victor Izquierdo.

—Por el capitán general de Santo Domingo se ha señalado al segundo ayudante médico D. Lucas Giron y al segundo ayudante farmacéutico D. Meliton Orozco, el sueldo de 1,500 pesos anuales, consignado á los médicos y farmacéuticos provisionales por la real orden de 30 de enero último.

—Sentimos tener que noticiar á nuestros lectores el fallecimiento de D. José Guisasola y Lopez, primer ayudante farmacéutico de Ultramar, que servia en la division del mariscal de campo D. José de la Gándara, en la isla de Santo Domingo, ocurrido en 24 de diciembre del año anterior.

(Revista de S. M.)

SECRETARÍA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL.

En virtud de lo que previene el art. 22 de la real orden de 21 de noviembre de 1861, se hallará abierta en esta secretaría

general, desde el día 16 al 22 del corriente, ambos inclusive, y desde el día 30 hasta el día 9 de abril próximo, la matrícula para la enseñanza de practicantes y parteras, á la cual serán admitidos los que acrediten los requisitos prescritos en los arts. 17, 18, 19, 20, 21 y 23 de la citada real orden, mediante el pago de 20 rs., en el papel de reintegro, azul, llamado de matrículas, que se espande en la Tercena, Plaza de la Constitucion, frente á la Panadería.

Conforme al art. 3.º de la misma real orden, se les anuncia que los únicos profesores autorizados por el Ilmo. señor Rector para dar en esta corte la enseñanza de practicantes, son: en el Hospital de la Princesa, el doctor D. Leoncio Sobrado y Goiri, decano de los médicos de dicho Hospital; y en el General, el licenciado D. Manuel Andrés y Soria, y el doctor D. Bonifacio Blanco, profesores [de la seccion de cirugía; y para la de parteras, el doctor D. Rafael Martinez Molina, catedrático supernumerario de la Facultad de medicina, que vive calle de Atocha, núms. 22, 24 y 26, cuarto 2.º

Las lecciones de ambas clases, tanto para los primeros semestres como para los sucesivos, comenzarán el día 10 de abril próximo, y serán diarias.

Cada alumno ha de satisfacer mensualmente al respectivo profesor por la enseñanza la cantidad de 20 rs., señalada en el art. 8.º de dicha real orden.

Madrid 1.º de marzo de 1864.—El secretario general, VICTORIANO MARINO.

VARIEDADES.

QUEJAS DE LOS MÉDICOS FORENSES.

Lamenta *La España Médica*, que despues de trabajar los médicos forenses de provincias; de habérseles dicho que van á cobrar el primer semestre de sus tareas, y de habérseles hecho nombrar un habilitado en cada Audiencia, se hayan quedado *in albis* en algunos juzgados por no haber dinero, aunque les han dado en cambio una *papeletilla* y esperanzas de cobrar en el semestre que viene.—El susodicho colega pregunta con tal motivo lo que esto significa, y les aconseja que protesten de lo que con ellos se está haciendo.

Nosotros, ya que el aconsejar cuesta poco, les aconsejariamos que hicieran presente á las Cortes en una exposicion respetuosa, pero razonada, la pesadísima broma de que están siendo victimas, y pidiesen que acerca del servicio médico-forense, se estudien detenidamente y con meditacion los siguientes puntos:

1.º Cómo en España es este servicio, que las clases médicas han de desempeñar de una ú otra manera, diez veces más pesado que en las otras naciones de Europa;

2.º Cómo entre nosotros mismos ha adquirido esa inmensa estension que ahora tiene, y si es realmente necesario que la conserve;

3.º Cómo podrá desempeñarse mejor, para la buena administración de justicia;

4.º La organizacion mejor y más sencilla que se le deberá dar;

5.º Cómo se retribuirán segura y ordenadamente á los profesores los servicios que presten;

6.º Qué cantidades, en fin, deberán figurar al efecto en el presupuesto de Gracia y Justicia.

CRÓNICA.

Estado sanitario de Madrid.—Principió marzo como concluyó febrero, con lluvias, lloviznas y revuelto; siguió el mismo descenso en la columna barométrica, deduciéndose por la existencia de una gran presión atmosférica. La temperatura fué bastante templada, y los vientos soplaron del Sur, del Sud-Este y del Sud-Oeste.

Las enfermedades reinantes, más bien fueron propias del invierno que de la primavera. Muchas afecciones y calenturas catarrales,

corizas, ronqueras, toses más ó menos pertinaces y oftalmías, todas de índole catarral. Bastantes dolores reumáticos y nerviosos, entre los que abundaron las jaquecas, las gastrodinias, las enteralgias y las pleurodinias. También se presentaron algunas calenturas gástricas é intermitentes de tipo errático ó cuartano, y varias flegmasias de los órganos respiratorios, entre ellas las bronquitis y las pulmonías. Disminuyeron las viruelas y el sarampión, sosteniéndose todavía, aunque en menor grado, el croup y la coqueluche. La mortandad poco más ó menos como á últimos de febrero.

Defensa de un médico.—Hemos leído con sumo gusto la defensa que nuestro querido amigo el Sr. D. Florencio Gomez Parreño, abogado del ilustre colegio de esta corte, ha hecho de don Juan Fernandez y Gonzalez, que se halla preso tiempo hace por suponerse cómplice en el delito de conspiración de muerte y robo á don Pedro Cabello. Vivamente interesado siempre por cuanto á la clase médica atañe, el Sr. Gomez Parreño hace en su escrito esfuerzos laudabilísimos en favor de su defendido, procurando atenuar la dura desgracia que sobre él pesa. Mucho celebraríamos que alcanzaran su diligencia y buenos deseos á sacar libre de toda pena, y con su fama limpia, al profesor que ahora se vé perseguido por la justicia. Tengamos á lo menos esta esperanza, y ofrezcamos al digno abogado un testimonio de gratitud por su buena disposición en favor de los médicos que han menester de sus conocimientos.

Nube de vampiros.—Segun parece, ha sido comunicada á la Facultad de Medicina de esta corte una real orden en que se resuelve la instancia hecha por los que aspiran al título de practicantes sin haberlo sido en hospital, como previene el reglamento vigente. A consecuencia saldrán á millares los sangradores ó practicantes, y se irán por esos mundos de Dios desempeñando el papel de médicos y cirujanos. ¡No se necesita más para despoblar la nación! Parece increíble que Gobierno alguno en el mundo haga cosas semejantes.

¿Todo se toma á broma!—Habla nuestro apreciable colega el Monitor de la Salud:

«En la sesión del 15 de febrero último, el diputado Sr. Galindo presentó una exposición de 150 ciudadanos de Valencia, suplicando que el Congreso, á imitación de lo que hicieron las Cortes de Valladolid de 1555 (¡qué retrógradas!) proponga á la sanción de S. M. la abolición completa de la bárbara, repugnante y anticristiana fiesta llamada corridas de toros. ¿Saben Vds. cómo fué acogida esa razonable petición? Pues lo fué con grandes risas. Medrados estamos.»—¡Así se legisla ahora, amado colega!

Visita conveniente.—Una comisión de la Excm. Diputación provincial, compuesta de los Sres. Chiarlone, Pardo y Bartolini, Villasante y Delgado, giró el día 1.º del corriente una minuciosa visita al Hospital general, permaneciendo en el local dos horas y media. Suponemos que saldrá convencida de que en el establecimiento no caben los enfermos que á él acuden, y de que urge mucho, por lo tanto, disponer un hospital que no se hunda á toda prisa como el de la Princesa.

Queja fundadísima.—Uno de los que piensan hacer oposición á la cátedra de clínica médica vacante en Granada, nos manifiesta que un mes lleva esperando á que los ejercicios principien, y sin embargo, no hay de ello el menor indicio; de cuya tardanza se le originan perjuicios muy graves. Tenga paciencia el buen compañero, y consuélase con la esperanza de esperar otro tanto tiempo al menos mientras se nombra, completa é instala el tribunal.

Practicantes.—Los que quieran matricularse para el semestre que principiará el 10 de abril, pueden hacerlo... Aconsejamos á todos los criados de servir, mozos de cuerda, areneros, escaroleros y soldados, si saben deletrear, hacer palotes, decir que Dios es un Señor con peluca y anteojos, y sumar tres y dos, que no desperdicien la buena ocasión de hacerse médicos, cirujanos, sangradores, barberos y sacamuelas, todo en una pieza. Hay en España una ley que favorece estas MONSTRUOSIDADES, una Dirección de Instrucción pública que mejora los defectos de la ley faltando al Reglamento, y un Consejo que no dice esta boca es mía... También hay un ministerio de la Gobernación que no acude al de Fomento diciéndole: «¿Qué hace Vd., hombre; no conoce que esos millares de sangradores que Vd. está fabricando van á despoblar á España? ¿Ha visto Vd. que en país alguno culto del mundo se haga un desatino análogo al que Vd. con su ley, y su Reglamento, y su Dirección, y su Consejo está haciendo?»

Estudio del veneno de la tarántula.—El Sr. D. José Nuñez, el más distinguido de nuestros homeópatas, acaba de publicar una curiosa monografía, elegantemente impresa, cuyo título es «Estudio médico del veneno de la tarántula segun el método de Hahnemann.»—No la hemos examinado con el detenimiento que se requiere para formar concepto; mas prescindiendo de opiniones médicas, tenemos por laudable la laboriosidad del Sr. Nuñez. Cada cual, en aquello á que se consagra, es conveniente que se muestre aplicado y celoso; que no de otra suerte pueden adelantarse los diversos conocimientos del hombre. Quizás cuando hayamos leído por completo esta producción del Sr. Nuñez emitamos un dictamen detenido.

Libertad de la enseñanza.—Uno de nuestros más apreciables colegas, al advertir que en Venecia acaban de establecer una escuela práctica de medicina y cirugía los profesores de

los hospitales, y recordando el escaso fruto alcanzado en Madrid años atrás de un intento análogo, esclama con fundamento: ¿seremos los últimos?—No estamos nosotros por una libertad absoluta de la enseñanza; pero tampoco por el completo monopolio actual, que mata todo legítimo progreso, haciendo imposible la emulación y privando á los hombres de talento del necesario estímulo. Y en efecto, como *El Pabellón Médico* nota muy bien, mientras los estudios hechos fuera de las Facultades de medicina no sean valederos, en vano será permitir á todo el que guste abrir cursos de estudios médicos, por cuanto no habrá quien á ellos asista.—Que el orden actual de estudios médicos reclama muy profunda reforma si hemos de adelantar algo, imposible es que haya quien lo niegue. ¿Se efectuará por fin? Lo dudamos: las cosas defectuosas y las completamente malas son de ordinario las más duraderas en nuestro país. Solo hay generalmente otras cosas peores: las reformas que con ligereza suelen hacerse para corregirlas.

Cuento.—El corresponsal de un periódico democrático ha dicho que el cirujano en jefe del ejército francés en Méjico, había hecho cortar el dedo índice de la mano derecha á más de un centenar de prisioneros mejicanos, para inhabilitarlos con el fin de que no se fueran á las guerrillas.—Esta es necesariamente una mentira. Ni los médicos franceses, ni los de ningún país del mundo, se olvidan hasta ese punto de sus deberes de humanidad. Permítasenos salir á la defensa de la honra de la clase á que pertenecemos.

Grato entretenimiento.—Cierta periódico de farmacia se ocupa en explicar lo que habrá de ser la farmacia en el futuro cuerpo de Sanidad civil; ¡aquel cuerpo que debe llevar á organización cumplida cierto Congreso profesional!—Tememos que muchos de nuestros queridos profesores vayan á parar dentro de poco á Zaragoza ó al Nuncio de Toledo... ¡Que hombres formales se ocupen en tales tonterías!

Víctima de la guerra.—Segun dice nuestro apreciable colega la Revista de Sanidad Militar, ha fallecido en Santo Domingo, el 24 de diciembre último, el primer ayudante farmacéutico, que servía en la división del general Gándara, D. José Guisasola y Lopez.—Dios quiera que no tengamos que lamentar más víctimas de aquel clima tan funesto para los europeos.

Higiene.—Ha publicado la Revista general de Estadística un estado de las defunciones ocurridas en España en el último quinquenio, del cual resulta que han fallecido en cada uno de los años comprendidos desde 1858 á 1862, ambos inclusive, 1 por cada 29 habitantes, 1 por cada 28, por cada 30, por cada 26 y por cada 25. Comparando despues dichas cifras con las de Londres y París, resulta que en estas capitales mueren por término medio 1 por 45 y 1 por 35.

De los referidos datos no puede deducirse en verdad cosa segura, por cuanto se compara la mortalidad de toda España con la de las capitales de dos poderosas naciones, y porque es sabido que allí muere menos gente, estendiéndose la duración media de la vida, donde se vive con mayor comodidad y abundancia; pero hay, sin embargo, motivos fundados para creer que es en España mayor que en Inglaterra y Francia la proporción de defunciones. ¿A qué se debe esto? Difícil es deducirlo sin datos y sin un severo estudio. Puede depender de nuestro clima; puede depender de nuestra raza; puede depender de la cantidad y calidad de nuestros mantenimientos; puede depender de nuestras costumbres; puede depender del estado de la asistencia pública en nuestro país, y en fin, del abandono en que se halla la higiene.

Tampoco es fácil determinar la causa del aumento de la mortalidad en los dos últimos años de 1861 y 62, no habiendo existido epidemia alguna.

Dejemos por ahora consignados estos hechos: que las defunciones en el quinquenio de 1858 á 1862 presentan un término medio anual de 5,758 varones y 4,924 hembras, 10,682 en total, dando una relación también media de 1 por 28, siendo las correspondientes á cada año 1 por 29, 28, 30, 26 y 25; que fallecieron, de menos de un año, 2,567; de 1 á 10 años, 2,954; de 10 á 20, 493; de 20 á 40, 1,728; de 40 á 60, 1,558; de 60 á 80, 1,192; de 80 á 90, 744; de 90 á 100, 25; y de más de 100, 5; que las defunciones por estado civil se distribuyen en 7,576 solteros, 1,985 casados, y 1,505 viudos, que dan, con relación á 100, 69, 19 y 12; que la relación sexual en la mortalidad media de 102 varones por 92 hembras, y que á la de los nacidos con los muertos es como 102,75 de los primeros por cada 100 de los últimos.

¿Qué invenciones!—Por hostilizarse los médicos unos á otros, y quizás para dar que decir á las otras clases de la sociedad, se han ideado en Bélgica, y aun en España (véase la ley de Sanidad vigente), unos consejos de disciplina ó jurados médicos, que impongan penas disciplinarias á los que hayan faltado á la probidad y á la dignidad en el ejercicio del arte. Ya se propone la creación de los tales consejos en un proyecto sometido por el Gobierno belga á las Cámaras, que no tardará mucho en ser ley... ¡Bien hecho! A más de la legislación común y general, y de los tribunales ordinarios, es muy de aplaudir que los médicos sean los únicos para quienes se creen nuevos tribunales y leyes penales, y eso á solicitud suya... ¡También por acá hay muchos aficionados á este género flamante de libertad! ¡Que les aproveche!

Mortalidad en los ejércitos.—Cada vez que hay una guerra se acredita nuevamente que las enfermedades matan al menos, triple número de individuos que las balas y las espadas. Las

estadísticas publicadas en los Estados que fueron Unidos acreditan que en un año han muerto de cada 1,000 hombres 17,2 por heridas, y 50,4 por enfermedad. Así pues, con todo de ser bastante sangrienta la guerra que se hacen federales y confederados y de no haber aijido á los ejércitos muy mortíferas epidemias, resulta esa inmensa mortalidad por causa de las enfermedades.—Deduzcan de aquí los Gobiernos cuánta importancia merece la medicina, pero sobre todo la higiene militar.

Necrologia.—Acaban de fallecer el Dr. Rives, catedrático de higiene en Montpellier y autor de la conocida obra de *Higiene terapéutica*, y el Sr. Archambault, antiguo médico del hospicio de Bicêtre.

Un académico.—Por fin ha sido nombrado el doctor Delpech para ocupar la vacante que habia en la Academia de Medicina de París, sección de higiene pública. Obtuvo 32 votos, mientras que el Sr. Boudin no pasó de 20, ni el Sr. Bouchut de 17.

Locos en Suecia.—Para una población de 4 millones, hay en Suecia 4,500 locos próximamente, de los cuales tan solo se hallan recojidos en los establecimientos 1,253.—El establecimiento de Wadstena contiene 292, el de Malmo 175, el de Stockholm 150, el de Herio, 145, y 135 el de Upsala.

Proyecto de carta higiénica.—Sigue el Dr. Grimaud (de Caux) en su idea de formar una carta ó mapa higiénico de Francia, y ha dado á conocer su proyecto á la Academia de ciencias. Propónese acudir en busca de los datos necesarios á los 20,000 médicos que hay diseminados por el territorio del vecino imperio, aunque no piensa exijirlos muy numerosos ni muy difíciles. No estará demás cosa alguna que se haga para reconocer las condiciones de insalubridad, y viceversa, que cada país y aun cada zona, distrito ó pueblo ofrece.

ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.

Se nos ruega publiquemos el siguiente *a viso*:

«Se vá á anunciar vacante la plaza de médico titular de la villa de Portillo y su arrabal; el profesor que durante diez y seis años la está desempeñando, tiene presentado recurso ante la superioridad, sosteniendo sus derechos; además tiene contratados por escritura pública todos los vecinos no pobres de la población, y contando como cuenta, con las simpatías y cariño de todos los vecinos, se halla resuelto á continuar residiendo en dicha villa.»

VACANTES.

Lo están. La plaza de *médico-cirujano* titular de Villanueva de la Cañada, distante de Madrid cinco leguas, dotada con el sueldo anual de 9,000 rs. pagados por el Ayuntamiento mensualmente, de esta suma 2,500 rs. es por la asistencia á los pobres de solemnidad. Dicha población consta de 132 vecinos, ocupa un suelo notablemente llano, y un clima sanísimo. Si al profesor que solicitase la plaza le fuese más conveniente el tener ajustes particulares con los vecinos pudientes, que son 118, desde luego podrá hacerlo. El contrato que celebre con el Ayuntamiento no tendrá fuerza legal, hasta que sea aprobado por la superioridad. Las solicitudes se dirigirán al presidente del Ayuntamiento en el término de un mes, á contar desde la fecha de la inserción de este anuncio. Villanueva de la Cañada 24 de febrero de 1864.—El alcalde, Manuel Brunete. (P. P.)

—La de *médico-cirujano* del Hoyo de Manzanares; dotada con la cantidad de 8,000 rs. pagados por mensualidades que se le darán cobrados por el Ayuntamiento al que la obtuviese; de los cuales 4,200 son de los fondos municipales por la asistencia facultativa á cinco pobres de solemnidad, y los 6,800 restantes por igualas entre los vecinos pudientes. Además disfrutará casa gratis y caso de no agrada le la que se le destina, 400 rs. en su equivalencia para pago de otra, quedando á su favor 20 rs. por la asistencia á cada parto, golpes de mano airada y enfermedades venéreas. De 125 á 130 vecinos consta la población, que dista seis leguas de la capital Madrid y una de la vía férrea del Norte. Es bastante sana y de muy buenas aguas. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes al presidente del Ayuntamiento hasta el día 25 del próximo venidero marzo; pero nunca el contrato tendrá fuerza legal, hasta ser aprobado por el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia. Hoyo de Manzanares 28 de febrero de 1864.—El alcalde, Nicolás Blasco. (P. F.)

—La de *médico-cirujano* de Tamajón, cabeza de partido, en la provincia de Guadalajara; su dotación consiste en 7,000 rs., 400 para casa, que por igualas voluntarias pagan los vecinos, y 4,000 rs. que produce la asistencia á la cárcel y pobres de la villa: puede ser también médico-forense del juzgado y contratarse con la Guardia civil y dos pueblos inmediatos que no tienen facultativo. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes documentadas al presidente del Ayuntamiento en el término de 15 días. Tamajón 1.º de marzo de 1864.—El alcalde, Manuel Berges. (P. F.)

—La de *médico-cirujano* de Almaraz, provincia de Cáceres, su po-

blación 172 vecinos; su dotación 9,000 rs. pagados trimestralmente y casos de oficio. Las solicitudes hasta el 26 del corriente.

—Las dos de *médico-cirujano* de Arenas de San Pedro, provincia de Avila; dotación de cada una 4,600 rs. pagados trimestralmente del presupuesto municipal por asistir á los pobres y las igualas que ascenderán á 7,500 rs. para cada uno de los referidos facultativos. Las solicitudes documentadas hasta el 15 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Almoharín, provincia de Cáceres; su dotación 6,000 rs. pagados trimestralmente del presupuesto municipal, y 4,000 rs. de igualas. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Eljas, provincia de Cáceres; su dotación 3,000 rs. por asistir á los pobres, pagados del presupuesto municipal trimestralmente y 7,000 rs. de igualas. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—Una de las dos de *médico-cirujano* de Torrijos, provincia de Toledo, su población 600 vecinos; su dotación 8,500 rs., pagados 2,000 reales del presupuesto municipal y el resto por los vecinos contratados, cobrado y pagado todo por el Ayuntamiento; además 600 rs. por asistir á los enfermos del hospital y 400 rs. á los presos enfermos de la cárcel. Las solicitudes hasta el 16 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Santorcaz, provincia de Madrid, su población 175 vecinos; su dotación 7,000 rs. pagados por el Ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 21 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Paradinas, provincia de Salamanca, su población 112 vecinos; su dotación 3,000 rs. pagados trimestralmente de fondos municipales por asistir á 18 pobres, y 5,000 rs. por igualatorio entre los pudientes. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Trujillo, provincia de Cáceres, con destino al arrabal de Huertas de Animas; su dotación 6,000 reales de propios, pagados trimestralmente. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Valdearroyo de Campo de Yuso, provincia de Santander; su dotación 12,000 rs. pagados trimestral ó mensualmente. Las solicitudes hasta el 11 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Fuentes de Valdepero, provincia de Palencia, su dotación 14,000 rs. y otros emolumentos. Las solicitudes hasta el 15 del corriente.

—Por renuncia del que la obtenia se halla vacante la plaza de *médico* titular de esta villa que consta de 300 vecinos, su dotación anual es la de 9,000 rs. pagados por trimestres. La cobranza corre á cargo del Ayuntamiento. Por la propia razón se halla también vacante la de *cirujano* cuya dotación es la de 7,000 rs. pagados de la propia manera que la anterior. Si el que aspirase á este optase por especie percibiría 4,100 reales por la asistencia cuando más á 15 vecinos que le designaría la corporación municipal, y del resto tres cántaras de vino mosto de cada uno cobradas por el facultativo. Las solicitudes se dirigirán al presidente del Ayuntamiento en el término de un mes á contar desde el día en que se inserte este anuncio en el periódico que le vea el que pretenda. Pesquera de Duero y febrero 24 de 1864.—El presidente del Ayuntamiento, Nicanor Lubiano. (P. F.)

—La de *médico* de Adahuesca, provincia de Huesca, y tres anejos; su dotación 8,000 rs. pagados por los Ayuntamientos. Las solicitudes hasta el 13 del corriente.

—La de *médico* de Peralta, provincia de Navarra, su población 900 vecinos; su dotación 14,000 rs. pagados por el Ayuntamiento por reparto vecinal. Las solicitudes hasta el 10 del corriente.

—La de *médico* del círculo de Cedillo de la Torre, compuesto de cinco pueblos, provincia de Segovia; su dotación 12,000 rs. pagados trimestralmente y casa. Las solicitudes hasta el 24 del corriente.

—La de *médico* de Villafranca, provincia de Córdoba; su dotación 3,500 rs. pagados de propios y el igualatorio. Las solicitudes hasta el 21 del corriente.

—La de *médico* de Pozán de Bero y tres anejos, provincia de Huesca; su dotación 10,000 rs. pagados por los ayuntamientos y casa. Las solicitudes hasta el 15 del corriente.

—La de *cirujano-practicante* de la villa de Grajal de Campos, provincia de León, partido de Sahagún, población de 330 vecinos, con la asignación anual de 8 á 9,000 rs. cobrados de los vecinos y además otras obervaciones que le proporciona el médico titular. Las solicitudes se dirigirán en el término de un mes á D. Manuel Antolínez, alcalde de la misma. Grajal de Campos 27 de febrero de 1864. (P. F.)

—La de *cirujano* de la Anteiglesia de Lejona, provincia de Vizcaya, su población de 140 á 150 vecinos que pagan y 4,000 rs. por asistir á los pobres pagados de fondos municipales. Las solicitudes hasta el 24 del corriente.

—La de *cirujano* de Fresno de la Fuente y un anejo, provincia de Segovia; su dotación 190 fanegas de trigo pagadas por igualas en las eras vecinalmente por los pudientes y 4,000 rs. por asistir á los pobres y casos de oficio. Las solicitudes hasta el 15 del corriente.

—La de *cirujano* de Aisa y dos anejos, provincia de Huesca; su dotación 30 cahices de trigo y casa. Las solicitudes hasta el 20 del corriente.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, R. SANFRUTOS.

EDITOR, M. DE ROJAS.—IMPRESA DEL MISMO,

Pretil de los Consejos, 3, pral.